

SOMBRAS
GRISES
« Alberich »

ATHALIA'S

===== Índice =====

Índice	1
Introducción	3
Capítulo I	5
Capítulo II	9
Capítulo III	18
Capítulo IV	25
Capítulo V	29
Capítulo VI	39
Capítulo VII	45
Capítulo VIII	52
Capítulo IX	56
Capítulo X	64
Epílogo	70

Introducción

Él nunca le coge de la mano, ni de la cintura, ni le rodea la espalda con un brazo para tenerlo cerca. Él lo guía como guiaría a su perro, con una sonrisa enérgica, en dirección al callejón.

Odio a este tipo de gente. Odio a las personas que dan por sentado su poder sobre las demás.

Pero sé que muchas de estas personas no son conscientes de este hecho, y eso es lo que más me jode.

Me jode que él lo seguirá allá donde vaya, y este hombre no lo cuidará como merece.

Debería ir al supermercado, pero en lugar de eso cruzo la calle y los sigo a una distancia prudencial.

El callejón es oscuro y sucio y húmedo. Por supuesto aquí estarán protegidos de la vista de todo el mundo. Esto es un calentón, ¿no? Está caliente y por eso ha llamado a Lander a este lugar.

Lo pone contra la pared, sonriendo de esa manera llena de energía y luz, y le da un fuerte beso en la boca.

Lander lo corresponde.

Odio ver esto. Debería irme, debería marcharme y dejar que tenga su relación destructiva.

Pero en el fondo sé que este cabrón le hace daño. Necesito liberarlo. No sé cómo hacerlo, pero lo necesito. Y él también lo necesita.

Él no se anda con chiquitas. Le da la vuelta, lo pone contra la pared y le baja los pantalones, lo justo para tener su trasero a tiro.

—¡Wo-Worren...! —tartamudea Lander con voz enronquecida.

—Ya, ya voy...

Pero qué imbécil eres, Worren. ¿No te das cuenta? ¿Es que no le escuchas? No quiere esto. No quiere que te lo tires contra la pared mohosa de un maldito callejón

maloliente. ¿Cómo puedes hacerle esto? A él, que lo haría todo por ti.

Worren le acaricia la boca y lo besa y lo lame y se frota contra él mientras Lander permanece inmóvil, jadeando, temblando de pura tensión. No se demora: empieza a empujar, lo penetra sin ninguna compasión, y Lander se muerde los labios como conteniendo un grito de dolor, pero al final un leve gemido agónico escapa de su boca cuando Worren definitivamente termina de entrar.

—Tan estrecho... —masculla el agresor.

Hijo de puta.

No puedo evitarlo, le odio, le odio por lo que le está haciendo a la persona a la que más amo.

De pronto Lander abre los ojos y me doy cuenta de que me ha visto.

Mierda.

Mi primer instinto es marcharme. Esta es su vida. Es su relación. No tengo ningún derecho a meterme.

Pero esos preciosos ojos verdes están tan llenos de desesperación que me quedo atado en ellos, incapaz de irme, incapaz de abandonarlo.

No puedo dejarle así, a merced de este malnacido, incapaz de abandonar esta espiral de agonía en la que cayó incluso antes de que lo conociera.

No puedo.

Le amo.

Capítulo I

—Llego tarde. Te llamo luego, ¿vale, guapo?

Le revuelve el pelo como a un perro y se marcha, sin importarle que Lander esté sentado en el suelo, temblando y con aspecto desvalido. Está tenso bajo la ropa desarreglada, con la cabeza gacha y expresión herida.

Lander se abraza a sí mismo, encogido en el suelo sucio de este callejón. No puedo soportar verlo así. Ya no aguanto más. Aguanté los dos larguísimos años de instituto y ahora cada vez que los veo juntos la ira me desborda.

No puedo soportarlo. No puedo consentirlo.

Lander merece mucho más que... esto.

Salgo de detrás de la escalera de emergencia donde he estado observando y me acerco a él.

Primero se vuelve hacia el otro lado, por donde Worren se ha ido. Por supuesto. Solo puede pensar en él, con la esperanza de que vuelva...pero ese hijo de puta no lo hará.

Él no lo ama como yo.

Entonces gira lentamente la cabeza hacia mí, y esos hermosos ojos verdes se clavan en los míos con espanto.

—Os presento a Alberich Iverson. Será vuestro nuevo compañero de clase.

Oigo los murmullos entre los alumnos. Dieciséis años, mucho aburrimiento. Llega el chico nuevo. No soy un animal de feria, ¿sabéis? Los recorro a todos con una adusta mirada, odiando que esta maldita sociedad me obligue a venir al instituto hasta los dieciocho, me guste o no, sin importar que tenga que sobrevivir por mi cuenta.

De pronto veo unos ojos que llaman mi atención. Son verdes, verde bosque, verde profundo. Ese chico me está mirando. Tiene el pelo oscuro y largo por los hombros, desordenado, y forma una oscura aureola alrededor de un rostro pálido y elegantemente perfilado, con nariz recta y pómulos altos.

Los labios de ese muchacho se entreabren. Me sorprende la súbita necesidad de sonreírle.

Entonces otro chico lo llama y desvía la mirada, dejando de prestarme atención.

Nada ha cambiado con el paso del tiempo. Me mira casi como si fuera la primera vez que me ve. Probablemente no me recuerde; es natural. Siempre estaba alrededor de Warren, sin ver a nadie más.

Ah, ¿es eso una chispa de reconocimiento? Titubea. Se relame los labios. Dios, esos labios.

—¿Así estás satisfecho?

Lo digo antes de decidir lo que voy a decir. Lo digo porque no puedo evitar preguntarme si es verdad, si es feliz así, siendo usado. Oh, yo sé que no. Lo sé, y por eso estoy aquí, exponiéndome a que me haga daño. Porque le amo y no puedo soportar que sufra.

Me mira boquiabierto, ofendido.

—¡No te metas donde no te llaman! —exclama a trompicones.

No, no me llamas, sé que no me llamas, pero no puedo evitarlo, ya no puedo verte agonizar más por este desalmado.

Bruscamente se levanta, sacudiéndose la camiseta de manga larga que se ciñe a su figura un poco demasiado para mi maldita salud mental.

Es hermoso. Es tan hermoso que duele mirarlo. Aun así no puedo dejar de hacerlo: lo observo, me embebo de su imagen, la saboreo porque tengo muy pocas oportunidades.

Oh, nos cruzamos a veces por la calle, pero él no lo sabe. No se da cuenta. Siempre está con Warren, y él lo absorbe, lo limita.

Esa es la palabra. Warren lo limita.

—Si pudiera... —digo en voz baja, muy suavemente—... te daría todo lo que él no te da.

Todo el amor que él le niega, yo se lo daría con gusto. Me dan igual las condiciones. Me da igual si mis sentimientos no son correspondidos. Lander merece

más, más que esto, más que él.

Me mira con espanto, pero también...una chispa de anhelo.

Sabe de lo que le hablo.

Doy un paso hacia él, y noto que se tensa.

—Si pudiera...

Niega con la cabeza, retrocede un paso, pero una parte de él no quiere huir de mí. No aparta la mirada de mis ojos, ni yo de los suyos. Amo esos ojos. Amo a Lander.

—...te daría tanto placer que no sabrías cuándo acaba un orgasmo y empieza el siguiente.

Sus mejillas están rojas. Se relame los labios. Sé que ahora está excitado y dolido y abrumado por la frustración. Sé que la promesa de placer resuena en sus oídos.

—Y lo más importante es que yo, si me dejas... yo te haré sentir amado.

Porque te amo, Lander. No importa que tú no sientas nada por mí, no importa si no me conoces, yo te he amado siempre y eso no va a cambiar.

Deja que te lo demuestre. Deja que te enseñe lo que significa que alguien te abraza, que alguien te bese y te ame de verdad.

Sus ojos son ahora agónicos. Oh, sé que sufre, sufre terriblemente porque ese desalmado no se preocupa por tratarlo como merece. Yo sí lo haré. Yo sí le daré todo el amor que tengo.

Tiendo mi mano. La mira como si no entendiera.

—Si me dejas, te lo mostraré —le aseguro con dulzura.

Titubea visiblemente. Una parte de él no quiere hacerlo. Una parte de él piensa en Worren y en que lo quiere. No me importa si lo quiere. No me importa si solo me utiliza. Necesito esto. Necesito enseñárselo todo.

Su mano se encuentra en la mía.

En realidad no me lo esperaba. Esperaba que saliera huyendo. Pero ha aceptado, sus dedos rozan los míos y tomo su mano con firmeza. Está caliente y es suave.

Es la mano de Lander.

Creo que nunca lo había tocado así.

Mis labios se curvan más allá de mi voluntad en una sonrisa amarga.

Jamás había estado tan cerca de Lander.

Me mira, como aturdido.

No puedo resistirlo.

Me abalanzo sobre él, tomo su rostro con mis manos y lo beso en la boca.

Sus labios...Dios mío. Permanece rígido un momento, pero después se ablanda, se amolda, jadea y se aferra a mí con desesperación.

Eso es. Bebe de mis sentimientos. Son tuyos. Son para ti.

==== Capítulo II ====

Lander me sigue como si fuera a echar a correr en cualquier momento. Lo noto como un animal asustado que está buscando la menor oportunidad para huir y volver a la seguridad de su madriguera, aunque esté derruida e infecta.

Pero aún me sigue. Eso... debe significar algo, ¿no?

Significa que está demasiado hundido, que se siente demasiado miserable y le he prometido algo un poco mejor que lo que tiene.

No te hagas ilusiones, Alberich. No sabe ni cómo te llamas

Esa idea hace que se me parta el corazón, pero no me detendré. Le he prometido mi corazón, y se lo voy a dar. Como sea.

Salimos del ascensor y abro la puerta de mi piso. Se me hace un poco difícil manejarme con una sola mano; con la otra sigo cogiendo la suya, con firmeza, guiándolo hasta mi casa, mi hogar, mi santuario.

Logro abrir y le cedo el paso.

Parece asustado y perdido como un cachorro abandonado en la calle.

Es así como te sientes, ¿verdad? Abandonado, dejado de lado cuando solo quieres estar junto a él. Lo sé. Sé lo que duele.

Yo también lo sufro día a día.

—No tengas miedo —le digo con suavidad.

Da un respingo y me mira. Sus ojos destilan desconfianza, pero también un secreto y desesperado anhelo.

No quiere sexo sin freno. No quiere que se lo tiren en un callejón. Quiere sentarse a ver una película en compañía de la persona amada, quiere salir a comer e ir a la playa, sin sexo brutal y salvaje. Quiere que lo besen al verlo como si fuera lo más preciado de este mundo. Quiere que lo abracen.

Te lo voy a dar, Lander. Todo lo que pueda, todo lo que tengo, voy a dártelo.

Sin decir nada desvía la mirada y entra en casa.

Siento un escalofrío recorriéndome la espalda.

Lander es la primera persona que entra en mi verdadero hogar. Siento que estoy exponiendo todo lo que tengo, no solo mi cuerpo y mi corazón, también mi seguridad, mi vida entera.

—¿Y tus padres? —pregunta en voz baja, débil, mirando alrededor.

—Vivo solo —comento con ligereza.

Se estremece visiblemente.

—Eh.

No puedo evitarlo, me acerco a él, tomo su rostro entre mis manos. Está tenso.

Una parte de mí quiere besar esos desesperados labios y colmarlos de ternura, pero no lo haré. Todavía no.

—Deja que te lo enseñe —murmuro—. Deja que por una vez te muestre... lo que puedo hacerte sentir.

Y sé que necesito hacerlo. Sí, quiero hacerlo por él, pero también por mí.

Soy un egoísta, lo sé, pero en parte, en el fondo, quiero tenerlo aunque solo sea una vez en la vida.

Sus labios tiemblan. Titubea. Su mirada está clavada en la mía y parece desvalido y herido.

—Sí...

Su propio asentimiento debe sorprenderle a él tanto como a mí.

Está bien. Quiere hacerlo. Quiere que lo ame, necesita que lo ame. Así que lo haré, lo daré todo, le demostraré lo que significa ser amado de verdad.

Mis propios labios tiemblan en un atisbo de sonrisa, y me lanzo a besarlo con desesperación, pero dulcemente.

Sus brazos se enredan en mi cuerpo, me corresponde, bebo de su boca dulce y ávida y solo puedo pensar en colmarlo de esto que siento.

—Tranquilo... —susurro, sin apartarme de él—. Te haré sentir bien.

Se estremece de anhelo.

Dejo que mis manos bajen de sus mejillas por su delgado cuello, lo tomo de los hombros y lo pongo cuidadosamente contra la pared. Queda recostado en ella, en tensión, y yo vuelvo a besarlo.

Oh, adoro su boca, adoro sus labios, y adoro cómo tiembla y se aferra a mí y, casi sin querer, me corresponde.

Acaricio con ternura su rostro, su cabello, y seguimos besándonos en el recibidor de casa mientras Lander me abraza con fuerza.

—Lander...

Mi voz es un quedo y desesperado murmullo.

Abandono sus labios para besar sus mejillas, atrapo el lóbulo de su oído, él jadea, descendiendo por su cuello. Su respuesta, temblorosa y jadeante, me hace suspirar de placer.

Jamás había soñado esto. No había osado atreverme a pensar en cómo sería besarlo, abrazarlo, tomarlo en mis brazos y colmarlo de ternura.

Pero está aquí.

Está conmigo.

Y voy a dárselo todo.

Me arrodillo ante él, notando su tensión. ¿Me intuye? No lo creo. Dudo que Worren le haya hecho esto.

Yo lo haré. Yo conseguiré que disfrute de verdad.

Sin dudar beso el bulto entre sus piernas. Lander jadea, intentando apartarse, pero por eso la pared está ahí.

—Tranquilo... —repito con suavidad.

Vuelvo a besarlo y noto que se estremece hasta lo más hondo.

—Espera, esto no...

—Ya lo sé.

Esto es nuevo, ¿verdad? Una sensación desconocida que te asusta. No tengas miedo. Nada de lo que yo te haga te herirá jamás.

Bajo mis manos por su cuerpo, acariciándolo, y cuando encuentro el cinturón lo desabrocho. También el botón y la cremallera de sus pantalones.

—No, espera...

La voz de Lander es ahogada y temblorosa. Parece asustado.

No tengas miedo de mí. Nunca.

Bajo su ropa solo un poco, hasta que su sexo, doliente y enhiesto, sale a la luz.

Contengo el aliento, observándolo.

Lo tengo delante... Mi amado, el único al que nunca he querido, está frente a mí y voy a colmarlo de ternura y placeres más allá de lo que ha imaginado nunca.

Envuelvo su sexo con mis dedos y lo oigo contener en al liento, trémulo. Alzo la mirada hacia él. Hay muchas cosas en sus ojos: hay anhelo, y miedo, y timidez, está atónito y asustado y a la vez deseoso.

No tengo por qué dudar.

Voy a dártelo todo.

Inclino la cabeza y no dudo en metérmelo en la boca, hasta el fondo.

Oigo su bronco gemido mientras se aferra a mis hombros. Oh, sí, así. Disfrútalo.

Empiezo a lamerlo, usando mi lengua y mis labios para darle placer. Tiembla y jadea, a punto de derrumbarse. Esto es lo que le estoy haciendo. Le gusta. Y a mí también.

Jugueteo incansablemente, observando cómo cada leve movimiento lo excita más. Está duro y caliente y palpitante. Oh, sé que no soy yo quien lo pone así; sé que Warren lo dejó en este estado, doliente y desesperado. No me importa. Yo soy el que lo acabará.

Está tenso en mi boca, bajo mis manos. Clava más los dedos en mis hombros cuanto más cerca lo llevo del éxtasis, y sigo tocándolo, lamiéndolo, besándolo...

Entonces, con un grito bronco, estalla en mi boca y se derrumba.

Lo sostengo mientras trago, lo tomo en mis brazos y noto su languidez, incluso su sorpresa.

—No te dejaré caer... —murmuro.

Su mirada parece cansada y gloriosamente satisfecha.

No puedo evitarlo: vuelvo a besar su boca. Ah, debo saber...No lo he pensado. Pero no parece molesto. Me corresponde, me abraza. Nos besamos larga y profundamente...

La tentación es demasiado fuerte. Busco el borde de su camiseta y meto la mano bajo la ropa. Se estremece. Acaricio su pecho, disfruto del tacto sedoso de su

piel...Abandono su boca y beso su garganta. Él respira hondo, conteniendo el aliento.

Cada vez que respira me tienta más. Lo beso, lamo la piel expuesta de su cuello, y él permanece lánguido en mis brazos... No, no es así. Sus manos me acarician, me recorren: noto sus dedos explorando mi cuerpo, mi cintura, mi espalda, roza la línea de la mandíbula y oprime mis omoplatos con una sorprendente firmeza.

Con cuidado subo la camiseta y se la quito. Lander me lo permite, se aferra a mí y deja que haga lo que quiera. Oh, pero haré lo que tú quieras.

Lo beso en el hueco del hombro mientras bajo una mano y tiro de los pantalones, que caen pesadamente hasta el suelo, llevándose consigo la última prenda que cubre el cuerpo de Lander.

Lo tengo en mis brazos, desnudo y vulnerable. Tan dulce...Tan amado.

Nunca he tenido a nadie.

Nunca he querido a nadie, así que no he tenido este tipo de relación. Es mi primera vez...Pero sé muy bien lo que quiero hacer. Y lo que quiero que él sienta.

Con cuidado me levanto, llevándolo conmigo, y lo muevo delicadamente hasta que su pecho se apoya en la pared.

Entonces se tensa.

—¡No!

Lander se resiste, pero lo sujeto.

—Sssshhhh... No pasa nada —le susurro con suavidad—. Pónmelo fácil.

Gruñe y trata de escapar. Sé lo que piensa. Sé que piensa en Worren y en cómo se lo hace, sin mirarlo a la cara, rápido y sin compasión.

Yo no soy como Worren. Yo quiero mucho más que...eso.

Lander está en un error. En seguida lo verá.

Me lamo el dedo corazón y lo acerco con reverencia a ese lugar que me permitirá la entrada al interior de su cuerpo.

Se queda quieto. Contiene el aliento. Lentamente meto el dedo, y jadea.

Sí, Lander. Esto está bien, ¿verdad? Esto no es una intrusión brutal sin que estés preparado. Esto es agradable.

Nunca te haré daño.

Si me amaras... yo jamás te haría daño.

Ese pensamiento es doloroso, pero real. Lander no me querrá nunca. No obstante, al menos ahora puedo demostrarle lo que sería...Lo que puede ser con alguien que lo tenga en su corazón.

Muevo el dedo con lentitud, y él empieza a gemir roncamente, apoyando las manos en la pared, retorciéndose.

Sí... Sí, sigue gimiendo. Gime para mí.

Amo este sonido.

Con la otra mano acaricio sus caderas, su arqueada espalda, recorro su pecho y cuando encuentro los pequeños pezones juego con ellos, los pellizco, tireo.

Oh, dios, es tan perfecto...

—Ah... Albe... rich...

Lo beso compulsivamente en la nuca, en el hombro, me da igual.

Mi propio sexo duele de la más pura y primaria excitación, pero no voy a dar rienda suelta. No con él.

—Lo sé, Lander —respondo dulcemente.

Con cuidado introduzco un segundo dedo dentro de él. Lanza un bronco gemido, tembloroso. Bajo la otra mano por su vientre tenso y encuentro una nueva y apremiante excitación.

Sonrío para mis adentros. Su jadeo es ahogado, como si no le quedara aliento.

Mi dulce Lander... Vulnerable, abandonado, tierno...

Te amo... tanto...

La intensidad de mis propios sentimientos me ahoga. No puedo hundirme en ellos. Ahora no tengo tiempo para esto. Ahora...ahora tengo que cuidar de Lander.

Inclino la cabeza y lo beso en la nuca, recorro su espalda con mis labios, lenta, dulcemente.

Lo noto musitar algo, sílabas inconexas.

Entonces se derrama entre mis dedos.

Ah. Era eso.

Pero aún no hemos acabado, mi amor.

Dejo que mi mano recorra su pecho otra vez, con los dedos inmóviles en su interior. Jadea.

—A... Al... No... No...

—Un poco más —murmuro—. Seguro que te gusta... un poco más.

Su respuesta es una breve exhalación, como si sus pulmones se vaciaran del todo. No dice nada. Inclino la cabeza y recorro su espalda con los labios, saboreando su pálida piel. Toma aire, tiembla contra la pared. Acaricio su garganta, su mentón, los labios...

Atrapa un dedo entre sus labios.

Pierdo el aliento.

Dios santo. ¿Qué ha hecho? Qué ha...

Me lame. Me estremezco. Me he detenido.

La sensación de su lengua en mis dedos me...sí. Me pone a cien.

Contrólate, Alberich. Tu excitación no es importante. La de él sí.

Recupero el control sobre mi propio cuerpo. Me relamo los labios y vuelvo a moverme. Mis dedos juegan en su interior; Lander gime. Sumo un tercer intruso y él lo acoge con avidez.

De hecho...

Echa las caderas hacia atrás y sus nalgas se aprietan contra mi sexo enhiesto y dolorido. Se estremece.

—Vale —murmuro—. Vale...

Esto es lo que quiere. Esto es lo que necesita, y...se lo daré.

Saco los dedos de su interior. Lander sufre un escalofrío, y un breve jadeo de decepción brota de su boca.

Le doy la vuelta. ¿Estoy siendo brusco? No puedo controlarme. Le amo. Le necesito. Necesito esto tanto como él.

Lo beso en la boca, apremiante y apasionado, y él gime, se derrite en mis brazos, se aprieta contra mí y oprime sus estrechas caderas contra mi sexo enhiesto.

Rodea mi cuello con sus brazos, hunde los dedos en mi pelo, me atrae hacia sí. Suspiro, extasiado, beso su cuello y lamo su garganta, arrancándole un jadeo.

Frenéticamente saco mi sexo de su prisión en mi ropa. Vibra, ansioso, pero contengo en descarnado anhelo de mi propio cuerpo.

Lander me está abrazando. Lo tomo de los muslos, lo levanto. Jadea cuando encajo mis caderas contra las suyas, y sus piernas se enredan en mí con fiereza. Se aferra a mis hombros, hunde los dedos en mi pelo, tiembla. Noto su aliento sobre mis labios: es trémulo y ardiente.

Encuentro su entrada con facilidad.

Como una espada en su vaina, mi sexo entra en él...lento, firme, seguro, tan fácilmente que a duras penas contengo un gemido del más puro placer.

Él no se contiene. Él lanza un bronco alarido de éxtasis.

—¡Dios...!

Lo beso en la boca, desesperado.

Estoy en él. Estoy en Lander. En la tierra prohibida, allí donde jamás creí poder entrar...

Y es el lugar más maravilloso de este mundo y cualquier otro.

Me muevo lentamente...

Y él se mueve conmigo.

La sensación es deliciosa. Se contrae, se estrecha, me abraza con fuerza y jadea, gime, sus caderas se cimbrean y yo bombeo cada vez más fiero, cada vez más fuerte, más abandonado, más apasionado...No sé dónde están mis manos ni mis labios, solo sé que estoy en él, que lo amo, que lo deseo y lo necesito, que me responde como si...

Lanza un quebrado sollozo de éxtasis, y noto que termina.

—No...

Está lánguido en mis brazos, incapaz ya de sostenerse, de mantener los ojos abiertos.

—No puedo... más...

Agotado, pleno y satisfecho, Lander se duerme.

Sonrío.

—Mi amor...

Lo acuno con dulzura, sosteniéndolo. No importa que esté excitado como nunca

antes. No importa que aún esté dentro de él, sintiéndome en llamas.

Él está bien.

Esto es lo que yo quería.

==== Capítulo III ====

Cuando deposito el paño húmedo en su pecho, Lander se revuelve un poco, frunce el ceño pero no abre los ojos. Murmura algo, algo que suena a un plácido «qué bien...». Satisfecho como un gatito se despereza, pero no llega a despertarse.

No puedo evitar depositar un beso en su mandíbula, en su garganta. Lanza un suave suspiro.

—Duerme... —le susurro.

—Mmmm...Hmhmmm...

Ladea la cabeza, exponiendo seductoramente la blanca piel de su cuello. Me estremezco de deseo; aún ahora yo sigo tenso, excitado, pero no voy a caer en la tentación.

—Te quiero, amor mío.

Lo beso en la frente. Esta vez no hay respuesta.

Con mucho cuidado lo he limpiado mientras dormía, usando un paño y agua húmeda. No se ha despertado siquiera. Eso me ha permitido tocarlo, observarlo en su momento más vulnerable.

Lander... me gusta despierto y dormido, en cualquier circunstancia.

He tenido que apartarme. Aunque dolorosamente, he tenido que hacerlo.

La tentación es difícil de resistir. La tentación de tocarlo más, saborearlo más, recorrer su cuerpo con los labios. Quizá arrancarle un nuevo orgasmo mientras duerme.

Pero he resistido, como debía. Me he apartado de él después de arroparlo, me he sentado en el sillón y simplemente...

Simplemente lo he visto dormir.

Con el pelo oscuro envolviendo su tranquilo rostro y pegándose a la frente y el cuello, con los verdes ojos cerrados suavemente, con la expresión relajada y satisfecha, es precioso.

Es así como siempre he soñado con verlo, desde que nos conocimos: relajado y

satisfecho, desnudo en mi cama.

No, no puedo decir que desde el primer momento quisiera acostarme con él.

En el primer momento yo no pensaba en acostarme con nadie: pensaba en disfrutar de la libertad que había adquirido. Pensaba en borrar de mi cuerpo y mi alma el resto de las cicatrices de una vida de abusos.

—¡Deja de hacer ese ruido infernal!

Detengo el golpeteo del lápiz contra el papel y miro a mi padre, que me taladra con sus ojos de color miel. Tiene unos ojos bonitos. La forma en que me mira no es bonita.

—Lo siento, papá.

—¿Qué lo sientes? ¿Es que eres una niña? ¡Ven aquí, debilucho!

Me coge del codo y tira de mí, me pone contra la mesa y deja caer su enorme mano sobre mis nalgas, haciéndome gritar.

—¡Papá, lo siento...!

—¡Estúpido debilucho! ¡Un hombre nunca pide disculpas, idiota! ¡Ya verás!

—¡Papá!

Vuelve a pegarme, una vez tras otra, por pedir perdón.

Cierro los ojos para enterrar el recuerdo.

Podría decirse que cuando pude librarme de aquel infierno definitivamente no pensaba en romances. No pensaba en nada. Solo quería disfrutar de esa libertad, por dura que fuera.

Pero cuando dormía soñaba con esos hermosos ojos verdes que se habían clavado en los míos... solo una vez.

Solo una vez.

Lander no había vuelto a mirarme.

Lander no me prestó un momento de su atención.

Creo que ni siquiera era consciente de mi existencia.

Si vida entera giraba entonces y gira ahora alrededor de Worren, ese malnacido

egoísta que lo tiene atado en corto, que se niega a soltarlo, que lo mantiene sometido como un perro y lo usa cuando le conviene.

Simplemente lo usa.

No, no puedo pensar en eso. Ahora no. Ahora no es en su cama donde está, sino en la mía, dormido plácidamente.

Ahora Lander está bien. Está satisfecho. Y soy yo quien lo ha conseguido.

Permanezco mirándolo todo el tiempo, embebiéndome de su imagen, de sus rasgos, de cada dormido suspiro que escapa de esos labios que quiero besar.

Entonces esos hermosos ojos se abren, velados por el sueño. Se mueve un poco. Noto que mi estómago se tensa al verlo así, un poco desorientado, tan vulnerable...

Su mirada vaga por la habitación durante unos momentos.

Espero.

Espero.

Y entonces me ve.

Lo veo en sus ojos. Veo el reconocimiento y el recuerdo. También veo el rubor en sus mejillas, y cómo se humedece los labios para después boquear, intentando decir algo.

Me enderezo, ladeando la cabeza. No aparto mi mirada de la suya.

—¿Cómo te sientes? —pregunto con suavidad.

Sus ojos se desvían y vuelven a mí.

Necesito saber que está bien. Necesito saber que no me odia por lo que hemos hecho... que todo va bien. Que lo ha disfrutado.

Lo necesito.

Pero él no contesta. Mi corazón se encoge de temor.

Noto que se revuelve.

—¿Lander?

Me levanto y voy hacia él. Me siento a su lado para pasarle un brazo por detrás de la espalda y ayudarlo a sentarse. Parece cansado, débil... gloriosamente débil.

—¿Estás bien? — Pregunto. - ¿Te duele? ¿Estás satisfecho?

Quizá soy demasiado directo.

Sí, lo he sido. Me mira incrédulo, sin poder creer que esté preguntándole esto así. Ahora desvía la mirada otra vez.

Está avergonzado. Sé que lo está. Se avergüenza de lo que ha pasado, y eso me duele. No debería, sabía que podía pasar, pero duele.

Duele porque yo no podría avergonzarme nunca.

Pero lo entiendo.

No me ama, naturalmente. No puede. Solo ama a ese desgraciado de Worren.

—¿Lander? —insisto.

Su mirada vuelve a mí. Se relame los labios, traga saliva.

—¿Y tú? —pregunta entonces.

Me sorprende. ¿Ha intentado evadir la pregunta?

¿Le importa cómo esté yo?

Bueno, claro que le importa. Es Lander. Tiene un gran corazón. Un corazón que Worren ha robado y encarcelado, pero aún queda algo para los demás. Queda un pequeño trocito de preocupación que me ha entregado, aunque sea solo por un momento, por lo que hemos compartido.

Eso me basta.

Eso... me basta.

—Claro —respondo.

—Mentiroso.

No puedo evitarlo, doy un respingo.

Lo sabe. No sé cómo, pero lo sabe.

Sabe que yo no he terminado, no he querido.

—Bueno —acepto con una ligera inclinación de cabeza—. Esto no se trataba de mí, Lander. Era para ti.

Solo para él. Para satisfacerle, para demostrarle lo que significa hacer el amor, no tener sexo duro y salvaje en un callejón pestilente.

Veo que mueve la cabeza.

Veo que los ojos se le llenan de lágrimas.

Vuelve a mirarme. Mi corazón se encoge y le devuelvo la mirada, angustiado.

No llores, Lander. No te aflijas. Esta es decisión mía. Esta es...

Me sorprende.

Sus actos me sorprenden.

Toma mi rostro con sus manos.

Va a besarme. Lo sé. Va a besarme.

No puedo.

Lo tomo del mentón con firmeza para que su boca no alcance la mía. Noto su aliento. Lo quiero. Quiero saborearlo y beberlo. Quiero disfrutarlo.

Lo quiero todo.

Y no puedo tenerlo.

—Eh, Lander —murmuro—. No quiero besos de agradecimiento.

Agradecimiento no. Nunca por agradecimiento.

—Pero... —musita, sin comprender.

—Solo aceptaré tus besos, tus caricias, tus abrazos... por tres motivos.

Me aparto de él, porque su aliento sobre mis labios me distrae. Todo él me distrae.

Al menos no viene tras de mí, no se reúne conmigo de nuevo. Permanece en su lado de la cama, sentado, y yo lo miro.

Y me siento mal por ello.

Es incomprensible. Es incoherente. Es ilógico. No quiero que venga a mis brazos para darme las gracias, pero por otro lado sí quiero que lo haga. Quiero abrazarlo y besarlo y hacerle el amor otra vez. Para siempre.

Levanto un dedo. Lander lo mira sin entender.

—Lasciva —digo en voz baja—. Si tienes deseos y quieres complacerte... estoy disponible para ti.

Siempre. No importa qué pase. No importa lo que piense. Se acabó mirar en la distancia cómo él se queda atrás, dolorido por la excitación.

Levanto un segundo dedo.

—Despecho. Cuando Worren te haga daño y quieras desahogarte... aquí estoy.

Se acabó ver cómo Lander es apartado, sin que importen sus sentimientos, su dolor. A mí me importa. Y pienso curar sus heridas con todos los medios a mi alcance.

Todos ellos.

Levanto el tercer dedo, aunque dudo.

Dudo, porque este es el motivo que nunca llegará.

—Amor.

Sus ojos se desvían hacia los míos, y brillan. Brillan de sorpresa, de miedo, de... De tantas cosas...

Te amo, Lander.

Te amo.

Si solo pudiera...

Oigo una melodía. No la reconozco. Sé de dónde viene.

Gruño por lo bajo.

Es su móvil.

Y apuesto a que sé quién lo llama.

Me levanto y voy al cajón. Saco el aparatito dichoso, que sigue sonando cada vez más fuerte, y se lo doy a Lander, que titubea y lo coge.

Mira el nombre que brilla en la pantalla, y después a mí.

Oh, lo sé. Sé quién es. Sé que yo tenía razón.

Es Worren.

Worren, tirando de la corea.

Worren, silbando para que vayas a su lado.

Y lo harás, sé que lo harás, aunque ahora estés pálido al pensar en lo que hemos hecho. Te sientes culpable, yo lo sé.

Es lo único que lamento de esto.

Lo único.

Hago un gesto con la cabeza, indicándole que contestes. Su mirada titubea y le tiemblan los labios.

No sabe qué hacer, pero al final, por supuesto, Worren vence.

Siempre vence.

Responde al teléfono.

—Hola —saluda en voz baja, y yo sé que debo volver a mi puesto en las sombras

hasta que me necesite otra vez.

~ 24 ~

Sombras Grises - Alberich
Por Athalia's
www.athalias.es

==== Capítulo IV ====

Sé que no debería haber venido.

Sé que no debería haberlo acompañado hasta el portal de este bastardo, y que cuando él me ha mirado, no debería haberle indicado que siguiera adelante, que subiera.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Ah, ya. Estoy aquí porque sé cómo estará cuando salga.

Worren se lo va a tirar en cualquier parte. Para eso lo ha llamado. Porque tiene ganas de sexo otra vez, y Lander es su puta favorita.

Oh, dios. Lander no es una puta, joder. Lander lo ama. Simplemente no ve que Worren no le corresponde, solo lo utiliza a su gusto cuando le apetece. Le da apenas unas migajas de atención, y Lander no se da cuenta.

No se da cuenta.

Noto que algo me cae en la mejilla. ¿Estoy llorando? No puedo estar llorando. Yo no lloro. No he llorado desde que era un niño. Mis emociones no se convierten en lágrimas por dolorosas que sean, no desde hace años.

—¿Es que eres una niña?! ¡Deja de llorar, mocoso!

Lo intento, de verdad lo intento, pero las lágrimas me queman en los ojos y caen por mi cara.

El cinturón vuelve a restallar y golpea mi espalda. Grito en agonía.

—¡Papá, por favor!

—¡Cállate, imbécil! ¡Los hombres no lloran, ni suplican! ¿¡Quieres que pare?! ¡Planta cara, mocoso! ¡Vamos, planta cara!

Me vuelve a golpear muy fuerte, y yo grito otra vez. No puedo parar de llorar. No puedo ser el hombre que espera de mí.

Tengo ocho años.

Ah, no, no estoy llorando. Ha comenzado a llover.

Porque yo ya no lloro.

Debería volver a casa. No debería estar aquí, frente al portal de Worren, esperando a que salga mi destrozado Lander para acunarlo entre mis brazos.

Pero sé que lo haré. Sé que esperaré. Llueva, truene o granice, esperaré.

¿Quién es el perro aquí, Lander o yo? Él acude a la llamada de su amo. A mí el mío no tiene ni que llamarme para tenerme esperando.

Siempre voy a estar esperando, ¿verdad?

Siempre lo he estado.

Lo recuerdo. Recuerdo mirar a Lander en la distancia, y esperar, solo esperar, que me devolviera la mirada. Que supiera que estaba ahí.

Está sonriendo, pero no a mí.

A mí no me sonríe.

Creo que ni siquiera me ha mirado nunca.

Oh, espera, sí lo ha hecho. El primer día me miró. Y sentí que quería sonreír. Pero ya no quiero sonreír, porque no me está mirando a mí.

Le mira a él. A ese chico lleno de luz y felicidad y...

Me irrita. Worren me irrita. ¿Por qué reclama toda la atención? Todo el mundo lo mira, ¿pero qué tiene de tan especial?

Lander. Lander, mírame. Estoy justo detrás de ti. Estoy justo aquí. Solo tienes que volverte.

¿Qué necesitas que haga? ¿Qué tengo que hacer para que sepas que existo? Sueño contigo. Sueño contigo, Lander, ¿por qué al menos no puedes decir mi nombre?

Durante los dos años de instituto fue así. Aguardé el momento, pero Lander no me miró nunca.

Entiendo que no lo hiciera. Estaba enamorado, ¿por qué iba a mirar a otra parte que a su enamorado, su luz? Yo solo era otra sombra sin rostro.

Creo que aún lo soy.

No, espera. No lo soy. Lo he obligado a mirarme. Ahora sabe que existo. Sabe mi

nombre.

Oh, lo sabe, porque lo ha gritado cuando estallaba de placer.

El recuerdo hace que me cosquillee el estómago, y un poco más abajo. No debería excitarme. Esto no tiene que funcionar así. En cualquier momento Lander va a salir por esta puerta, hundido en la miseria por la indiferencia de aquel al que ama, y no puedo estar excitado cuando lo atraiga y lo abraze.

Está solo. Es raro verlo solo.

Lo observo, ladeando la cabeza. Mira al cielo distraídamente, con las manos en los bolsillos, las piernas ligeramente abiertas, sentado en un banco. Parece estar esperando. ¿Esperando a qué?

Cojo las tres bolsas con una mano, me la pongo por encima del hombro.

Voy hacia él.

Creo que no tendría que hacerlo, ¿verdad? Creo que me hará daño. Me mirará y no sabrá quién soy. No me va a reconocer.

—¡Eh, Lander!

La voz me sorprende. No he sido yo. ¿Quién lo llama?

Warren aparece.

Oh, cómo no.

Warren llega, lo toma en sus brazos y le planta un beso en la boca. Dios, los ojos de Lander se iluminan. Se dicen algo, pero no oigo. No quiero oír.

No quiero estar aquí, viendo cómo Lander está tan enamorado de alguien como Warren. No lo soporto.

Pero, ¿por qué sigo mirando?

Ah, ya.

Porque es lo único que puedo hacer. Mirar, aguardar. Tener esperanza de que algún día él me mire y sepa quién soy.

No, eso definitivamente no me excita. Eso está bien. Sería un enfermo si así fuera. Ya tengo bastante mierda en mi vida como para necesitar un psiquiatra.

Sigue lloviendo, y mucho. Estoy empapado.

Estoy empapado pero esperaré. ¿Cuánto más puede retenerlo Worren? ¿Cuánto más se quedará Lander en su casa?

La puerta se abre.

Lander sale.

Me enderezo, y me noto tenso.

Tiene los ojos vacíos, la cabeza gacha.

Noto que se me encoge el corazón. Lo sabía, sabía que saldría así, hundido, pero no puedo evitar que se me retuerzan las entrañas de rabia y lamento.

No se lo merece. Lander no se lo merece.

Alza la cabeza, y me mira.

Lo veo en sus ojos. Veo que me necesita. Sé que le valdría cualquiera que estuviera dispuesto a darle un poco de afecto, pero soy yo quien está aquí.

Al final esperar tiene su recompensa.

Él no espera.

Lander se abalanza contra mí, y sus labios dan con los míos.

Lo abrazo, lo beso... lo bebo y le doy todo cuanto tengo. Lo amo. Lo amaré siempre, maldita sea. Odio que sufra así. Lo odio.

Estoy aquí. Siempre voy a estar aquí. No volveré a mirar desde las sombras, nunca más. Ahora voy a estar siempre a tu lado... y no dejaré que vuelvas a derrumbarte por su culpa.

==== Capítulo V ====

Su mano es débil entre mis dedos. La aprieto con firmeza, pero me pregunto si intentará escapar en algún momento, se decidirá que no quiere esto. ¿Lo quiere? Yo creo que sí.

Me está llevando a su casa. Ha salido, se ha lanzado a mis brazos y me ha besado intensamente bajo la lluvia, y ahora me lleva a su casa.

Está temblando cuando llegamos a su portal. ¿Es miedo? ¿Es inseguridad? ¿Es frío? Me gustaría tomarle el rostro y mirarlo a los ojos, pero sería invasivo.

Ja...Invasivo. Pensar ahora en invadirlo es casi cómico. He estado en todas partes donde se puede estar dentro y fuera de él, y ahora pienso en no ser invasivo. Ja.

Subimos al ascensor, pequeño y estrecho. No suelto su mano, y Lander tampoco intenta desprenderse. Mantiene la cabeza agachada, la mirada apagada, tan apagada...

No puedo más. Tengo que tomarlo en mis brazos, acunarlo para desterrar el dolor que lo devora por...

El ascensor se abre. Mierda.

Tira de mi mano apenas un poco, guiándome hasta su puerta. La abre y pretende que yo pase primero, pero no, la sujeto para que lo haga él. Titubea visiblemente, y se vuelve un poco para mirarme con ojos brillantes.

Sé lo que está pensando, y me duele. Piensa en Worren, en ese malnacido que nunca ha sabido tratarlo como merece, nunca ha sabido protegerlo.

Lander lo ama. ¡Lo ama, maldita sea! ¿¡Por qué no puede tratarlo bien?! ¿¡Por qué tiene que hacerlo tan desgraciado?! Si yo pudiera...Si tuviera una sola, una maldita oportunidad...

Deja de mirarme ahora, y entra en su casa. Supongo que no hay nadie, porque si lo hubiera, no me habría traído. No a mí. No a su...amante.

Esa idea duele. Soy «el otro», el tercero en una relación destructiva y demasiado dolorosa.

Pero está bien. Aguantaré. Aguantaré porque yo sí le amo, yo sí quiero para

Lander lo mejor del mundo, la felicidad y la plenitud. Soportaré cualquier cosa, por dolorosa que sea.

Entro tras él, y cierro. No me mira.

—Eh, Lander... —lo llamo.

No se mueve. Alargo una mano y le rozo la nuca; noto que se estremece. Me acerco a su espalda, casi tocándolo, casi... Le hablo al oído:

—¿Estás seguro?

El ligero temblor de su cuerpo se detiene. Eso me sorprende. Se vuelve lentamente, y yo no me aparto, lo miro a los ojos.

¿Está seguro de lo que hace? ¿Realmente seguro? Después le hará daño, después...

—Sí.

¿Qué?

Me abraza. Me rodea el cuello con sus brazos, y su boca busca la mía, me besa con dulzura, tiernamente... Me estremezco, derretido por algo tan sencillo, tan natural...

Debería ser natural, debería ser bueno. Así...es como debería...ser.

—Lander... —musito, agónico.

Busco sus caderas, lo beso, siento la pasión en mis venas, me hace temblar.

Lo quiero, quiero que se entregue a mí... por entero.

No lo voy a tener, sé que no lo tendré, sé que no me amaré, pero esto es suficiente, que me busque ahora, que me bese ahora, que me quiera ahora...Solo un rato, es suficiente con un rato.

Sus labios abandonan los míos, aunque no quiero. Me mira. Me mira y sonrío débilmente, y eso, que me sonría, me hace sentir perdido.

Quiero que lo haga otra vez.

Quiero que lo haga siempre.

Que siga sonriendo para mí.

Me duele el pecho de la pura necesidad. Pero no lo hará. No me sonreirá otra vez, porque no significo nada.

—¿Puedo? —pregunta entonces en voz baja.

Doy un respingo. ¿Si puede qué? No sé a lo que se refiere, me siento desconcertado, pero me encojo de hombros, indicándole que puede hacer lo que quiera.

Estoy aquí por ti, Lander. Y lo demás da igual.

Me besa otra vez. Lo tomo en mis brazos, lo correspondo, suave y tiernamente, acariciando sus labios con los míos. Son dulces y perfectos.

Ojalá fueran míos. Ojalá estos besos, estas caricias, fueran para mí.

Pero no lo son.

Todo es para ti, Lander. No me importa.

Se estremece en mis brazos y lo estrecho un poco más. Tenemos la ropa húmeda y debe tener frío. Tengo que quitarle la ropa.

Lander se relame los labios, rozando los míos con su lengua. Me recorre un escalofrío de placer. Sus manos acarician mi pecho con una ternura que me hace temblar, y mi corazón brinca.

Sus dedos cogen el borde del jersey y tiran hacia arriba. ¿Qué está haciendo? ¿Qué es lo que pretende? Desconcertado alzo los brazos y dejo que me lo quite. La prenda cae al suelo, y en seguida Lander comienza a desabrocharme la camisa, que se me pega a la piel.

Con las manos abiertas recorre mi pecho, resiguiendo las líneas de mi torso. Me está mirando.

¿Es así como mira a Worren? El corazón me palpita, pero duele. No, no es así como lo mira; no me está mirando con ternura ni con deseo.

Sus dedos encuentran el cinturón. Lo suelta y lo deja caer al suelo. Después me abre los pantalones. Está temblando.

¿Qué intenta hacer?

—Lander... —lo llamo en un murmullo, y la voz me sale trémula, anhelante.

No va a hacerlo.

No lo hará, ¿verdad?

Vuelve a sonreírme, un poco torpe, tan adorable, tan precioso. Se me encogen las entrañas del puro anhelo de ver otra sonrisa. Me gustaría poder responder, pero no sé

cómo hacerlo. No sé sonreír.

Él me mira con compasión, como si lo entendiera, y después vuelve a besarme, y yo lo correspondo.

Entonces noto su mano dentro de mis pantalones.

Se me escapa un bronco gemido entre dientes. Sus dedos acarician mi sexo, los míos se aferran a sus caderas. Me está tocando, Lander me está tocando. Esto no tendría que ser así. Soy yo quien debe darle placer a él.

Vuelve a besarme en los labios mientras me toca, y yo dejo que haga conmigo lo que quiera. Me besa el mentón, la garganta. Alzo el mentón para ponérselo más fácil.

Me muerde, y yo jadeo sin esperármelo. No esperaba nada de lo que está pasando. Lo cojo de los brazos, sujetándolo, sujetándome, y él sigue acariciándome.

Su boca abandona mi cuello, y desciende.

Y sigue descendiendo.

Sus labios acarician mi pecho, rozando mi piel. Bajo la mirada y contemplo sus párpados cerrados, su pelo húmedo pegándose a las mejillas y la frente. Veo cómo sigue bajando.

Espera, ¿adónde vas?

Lo agarro de los brazos con más fuerza, pero no logro... impedirselo.

Queda de rodillas frente a mí, y entonces me mira. Sus ojos están brillantes, palpitantes, y desbordados de una emoción que no entiendo. Él, ¿emocionado? ¿Por qué?

Sus manos tiran de mis pantalones. No puedo respirar. Dios mío, va a hacerlo. Me relamo los labios, sin saber cómo reaccionar ante esto. Me ha preguntado si podía hacerlo, y yo le he dicho que sí. Y lo va a hacer.

¿Por qué?

¿Por qué está frente a mí, de rodillas?

Me baja los pantalones y los calzoncillos, y de pronto se queda mirando mi sexo. Su expresión es de sorpresa, con los ojos muy abiertos.

—¿Lander...? —murmuro, inseguro al ver que parece tan atónito.

—Necesito tu ayuda.

Titubeo. No le entiendo. Entonces tira de los pantalones, arrugados en mis tobillos, y comprendo. Levanto un pie y luego el otro, y él me los quita.

Me los quita, solícito, servicial, todavía de rodillas.

Sigue mirándome. Observa mi sexo con sorpresa, y también con duda. Dudas ahora. Oh, dios. Puedo soportar que dude, pero que haga algo, que se aparte si quiere.

Su cabeza avanza y sus labios me tocan.

Cojo aire bruscamente, en tensión.

Su boca me está tocando. Saca la puta de la lengua, me lame. No puedo respirar. La sensación es única. Estoy ardiendo, y cada roce de sus labios, de su lengua húmeda, hace que mi sexo de un respingo, duro y desesperado.

—¿Te hago daño? —pregunta, dubitativo.

—Demonios, no... —gruño, sorprendido de que se le ocurra una idea semejante.

—¿Te gusta?

—Joder. —¡Qué ideas!—. Sabes que sí, Lander.

Sabes que me encanta. Sabes que deseo más.

Sabes que lo deseo todo.

Sus labios recorren mi sexo, lo lamen, lo besan. Jadeo, temblando y en tensión. Quiero más... Dios mío, ¿cómo puedo desear tanto a una persona que no siente nada por mí? ¿Cómo soy tan patético, joder?

Su boca me acoge. ¡Dios! Es húmedo y estrecho y muy caliente, y su lengua frota mi sexo dentro de la boca.

—Lander... —jadeo, incapaz de contenerme.

Se mueve, tomándome profundamente. Casi no puedo respirar. Aprieto los puños junto a mis caderas. No quiero tocarlo, no quiero forzarlo, pero me está volviendo loco, loco completamente...

—¡Lander...!

No me hace caso y sigue moviendo la cabeza. Me toma tan hondo que gorjea, sin poder tenerme dentro por completo. Empieza a ir más deprisa.

Lo veo venir, lo siento...

—Lander, joder, para... —gruño roncamente.

No me hace caso. Se mueve más deprisa, tomándome en su boca, y no me hace caso. Pero no quiero terminar así, no dentro de su boca, no le gustará... Tiene que apartarse. Debería apartarlo, pero no quiero tocarlo, no quiero invadirlo.

¡Invadirlo! ¡Me tiene en su boca y yo pienso en no invadirlo! No puedo pensar con claridad. El placer me abrumba, y el calor, y la necesidad, y casi no puedo respirar, no puedo pensar, no puedo...

Entonces termina. Con un gemido bronco me derramo, alcanzando el anhelado orgasmo...

Pero no debería.

—Dios, Lander... —musito—. Lo siento...

Se aparta con los labios apretados, y parece desconcertado. Debería ir a buscar algo para que esc...

Entonces traga.

—Lander...

Estoy atónito. Se lo ha tragado... Y ahora... Ahora... Se acaba de relamer.

Me he corrido en su boca, se ha tragado todo cuanto le he dado y luego se ha relamido como un gatito satisfecho.

Dios mío.

Lo agarro de los brazos y lo levanto del suelo, y lo beso en la boca sin pensar, sin saber cómo responder a su gesto, al placer que me ha dado. Lo noto en su lengua, mi propio sabor, y lo abrazo, lo aprieto contra mi pecho desnudo. Aún está vestido. No debería estar vestido, no quiero que esté vestido.

Giro y lo pongo contra la pared, y mientras me corresponde musita mi nombre entrecortadamente.

—Eh... —musita contra mi boca, mientras lo beso y lo lamo sin saber dónde parar, sin saber qué hacer—. Pensé... que los besos de... agra... decimiento... no estaban... permitidos.

Me detengo.

Es verdad, se lo dije.

Se lo dije, pero no era para mí, mi pobre e inocente Lander...

—Eso solo se aplica a ti —murmuro—. Pero no es agradecimiento. —Apoyo mi frente en la suya, casi febril—. Es simple y puro amor.

Noto que se estremece contra mi cuerpo, y yo cierro los ojos para sentirle, solo sentirle entre mis brazos.

Te amo, Lander.

Te amo.

Vuelvo a besarlo, lánguida, suavemente, saboreando sus labios, buscando su lengua y el cobijo plácido de su boca, y mientras tanto lo acaricio, bajo las manos por su torso...

Y ahí está.

Oh, dios, está tan excitado.

—¿A-Alberich...? —tartamudea.

Lo beso junto al oído. Noto cómo se estremece.

—Yo no soy como él, Lander —le aseguro—. Yo nunca te dejaré insatisfecho.

—N... No es ne...

Calla cuando meto la mano bajo sus pantalones, y gime temblorosamente. Lo beso otra vez, lo bebo, lo ansío... Otra vez.

Le quito la ropa hasta desnudarlo por completo, y susurro su nombre, anhelante. Acaricio su cuerpo ahora desnudo, lo beso en la boca, y por fin encuentro su sexo: caliente y enhiesto, deseando un poco más de atención.

Lander gimotea mi nombre, aferrándose a mis hombros. Me gusta cómo lo dice. Me gusta cómo lo hago temblar.

—Sí, así... —murmuro contra su garganta—. Di mi nombre...

—Albe...

Muerdo, y él tiembla y gime, incapaz de seguir hablando. Empiezo a acariciar más deprisa su sexo, y su respiración se acelera, pesada y bronca. Tiembla contra mí, bajo mis labios y bajo mis dedos.

—¡Alberich...!

Gime, se aferra a mí, y lo noto sacudirse en mi mano, derramándose por fin. Lo sostengo en mis brazos.

—Oh, Lander... —suspiro, acariciándolo, y lo beso en la sien mientras él permanece desmadejado contra mi cuerpo, con la frente apoyada en mi hombro—. Debería llevarte a la cama. No quiero hacértelo otra vez contar la pared.

Noto que se le pone la piel de gallina ante la idea. ¿Es anhelo u hastío? Necesito que me lo diga.

Asiente con la cabeza y se endereza.

—Vamos a mi cuarto.

Lo dice con simpleza, pero se ruboriza. Entrecierro los ojos y lo beso en los labios con suavidad.

—Está bien —le digo.

Titubea, como si estuviera perdido. Lo miro, esperando, y veo que se ruboriza todavía más.

Está pensando en lo que quiere hacer en su cuarto. Lo sé. Reconozco su mirada azorada. Tal vez nunca haya sido para mí, pero lo sé cuando la veo.

Y me enorgullece, porque en esta ocasión sí es para mí.

Se aparta bruscamente de mí, avergonzado por el sonrojo de sus mejillas, y me guía hacia su cuarto. Yo lo sigo, acaricio su espalda y rozo su nuca con los dedos. Se estremece.

La habitación de Lander era pequeña y clara. Una ventana con vaporosas cortinas, muebles rectos y modernos, algunos póster de grupos de música en las paredes, y una cama. Eso era importante. La cama.

—Quizá deberíamos ir a otra parte —murmura él entonces.

No entiendo por qué... Ah, ya.

La cama es para uno.

—No hace falta —aseguro—. Tu cama es perfecta.

Lo tomo de los hombros y lo empujo suavemente hacia ella. Lo beso en la nuca, en el hueco del cuello. Lander sube a su cama, acostándose boca abajo.

¿Qué? Oh, no. Eso no lo voy a consentir. Yo nunca lo haré así.

Lo cojo de las caderas y le doy la vuelta, moviéndolo con brusquedad. Sé que soy demasiado brusco, pero es que no lo soporto.

—No, Lander —digo entre dientes—. Quiero mirarte a la cara mientras hacemos el amor.

Se estremece bajo mi cuerpo y me echa una mirada tierna, tan vulnerable, tan necesitada.

Sé que lo necesitas. Sé que lo quieres. Que anhelas la ternura de alguien que te ame de verdad, que te mire a los ojos mientras te hace el amor y te susurra dulces palabras.

Yo no sé mucho de dulces palabras, pero desde luego no te lo voy a hacer de espaldas como si fueras solo un agujero donde desahogarme. No eres un agujero. Eres la persona a la que más quiero, joder.

Lentamente me sitúo entre sus rodillas, arqueándome sobre su cuerpo. Es alto, pero delgado, y frágil, y vulnerable. Sobre todo vulnerable.

—Nunca voy a tratarte como él lo hace, Lander —aseguro en un murmullo.

Él se estremece. Me arqueo sobre su cuerpo y beso su vientre, oyendo cómo jadea. Le lamo el torso, lentamente, ascendiendo por su cuerpo hasta la garganta.

Lo beso, lo mordisqueo. Me apoyo en una mano y la otra la uso en su pecho, acaricio su torso, sus pezones enhiestos.

—Albe...rich...

Me endezco mientras lo acaricio, mirándolo. ¿Qué es lo que quieres?

—No tienes que... ser tan... cuidadoso —e dice—. De verdad.

Mi pobre Lander. Nunca lo han tratado con ternura. Ese desgraciado de Worren nunca te ha dado lo que mereces.

—Lander.

Me inclino, mi rostro muy cerca del suyo, lo miro a los ojos. Parece turbado.

—Ser cuidadoso... Hacerte sentir bien... Satisfacerte... Todo esto es lo que yo quiero. —Y mientras tú lo aceptes, lo seguiré haciendo.

Veo las lágrimas en sus ojos, la emoción descarnada. Mi pobre Lander... Mi amor. Me rodea el cuello con los brazos y me besa con desesperación. Lo correspondo, dulce, tierno, tal y como merece.

—Lander... —murmuro contra su boca—. Te amo.

No puedo evitarlo.

No puedo parar.

Le amo, le quiero, siempre lo he hecho. Callarme no sirve de nada.

Siento que se para, y me mira a los ojos. Trago saliva, impotente. Me siento vulnerable ahora, pero no puedo hacer ver que no le quiero. Necesito poder decírselo. Necesito que lo sepa.

Las lágrimas se derraman.

No, dios, no es esto lo que quiero.

Le lamo las mejillas, llevándome esas lágrimas, le acaricio el rostro, lo beso y lo adoro con mi boca y con mis manos, mientras poco a poco se ablanda bajo mi cuerpo, poco a poco voy entrando en él otra vez y le ayudo a alcanzar las estrellas.

==== Capítulo VI ====

He buscado en su cocina y he encontrado un cuenco y un trapo. He puesto agua tibia y lo he llevado a la habitación.

Después he comenzado a limpiar a Lander. Estaba demasiado cansado para resistirse, en el caso de que hubiera querido hacerlo. No estoy seguro de que haya estado despierto mientras lo hacía.

Me gusta esto.

Me gusta cuidarlo después de hacer el amor, limpiarlo y arrojárselo después.

Me gusta Lander, sin más.

Miro alrededor, sentado en una esquina de la cama. Su cama. Su habitación. Su ventana y sus pósteres. Su música favorita y el armario y los cajones con su ropa.

Estoy en su sitio, en su santuario, ese lugar que le pertenece más que ninguna otra parte del mundo.

Me gusta estar aquí. Es perfecto.

Casi perfecto, por lo menos, porque si he llegado a este punto es porque... Bueno, no lo sé.

¿Cómo he llegado aquí?

¿Cómo he pasado de estar amargamente enamorado en la distancia, intentando seguir mi vida, a acostarme con aquel al que amo, que por cierto tiene pareja? Una pareja indigna, desde luego.

Supongo que es porque me necesitaba. Lander me necesitaba y acudí en su ayuda.

No soy un santo. No he venido con la bondad de mi corazón a echarle una mano.

Estaba furioso. Furioso con Warren por no amarlo, y furioso con Lander por no amarme a mí. Estaba furioso y no pude aguantar más la pasividad, quedarme quieto viendo cómo vivía atormentado.

Ahora sigue atormentado, pero por lo menos puedo aliviarlo. Por lo menos puedo conseguir que se duerma así, extasiado y relajado, y durante unas horas se olvide de Warren y toda su mierda.

Después recordará.

¿Pero recordará por qué sigue con él?

Suspiro y me acuesto junto a él, con los pantalones todavía ligeramente húmedos. Lo rodeo con mis brazos y lo estrecho contra mi cuerpo. Lander suspira, satisfecho, y se acurruca. Es un sonido que me hace palpar el corazón.

Ojalá fuera real. Ojalá pudiera amarme.

Ojalá.

Noto que Lander despierta por la mañana. Lo noto por cómo se mueve, por cómo respira: suave, plácidamente, sin abrir los ojos se aprieta contra mi pecho.

Inclino la cabeza y beso sus labios con suavidad, acariciándole el pelo. Él suspira, respondiendo apenas, y se acurruca de nuevo.

Sé que está despierto, pero no dice nada.

Yo sí.

—¿Puedo preguntarte algo?

Lo pregunto en voz baja, porque en el fondo no sé si quiero hablar de ello. Tal vez esté siendo morboso. O quizá quiero que vea las cosas como yo las veo.

Quiero creer que si piensa detenidamente en ello se dará cuenta de que no ama a Worren.

Pero sí le ama. Hasta aquí llega mi estupidez y mi malicia, quiero que crea que no siente nada por él cuando es mentira.

—Claro —responde.

Al fin abre los ojos y me mira, me contempla.

El corazón me palpita ante esa mirada. Me relamo los labios.

—¿Cómo empezaste a salir con Worren?

Ya lo he dicho. Y también lo veo: cómo se tensa, cómo se retrae, cómo deja de mirarme.

—No tienes que decírmelo si no quieres —me apresuro a murmurar.

Me observa otra vez con sus preciosos ojos. Entonces suspira, apoya la cabeza en mi hombro.

—Worren llegó al instituto a los quince años —explica en voz baja—. Tras la muerte de mis padres cuando yo era pequeño, y con mi hermano viajando a causa del trabajo, veía mi mundo... como si no fuera mío. Es difícil de explicar.

En cierto modo, que me hable de su pasado me emociona. Compulsivamente lo beso en la cabeza.

—Es como si lo viera todo en gris —continúa—. Todo era opaco y sin color.

—¿Aburrido?

—Más que eso. No es que no tuviera amigos, no es que no saliera por ahí o no me divirtiera. Todo estaba... vacío. Los lugares, la gente, las actividades. Todo era vacío y deprimente. No había nada que me motivara, nada que me interesara en realidad. Mi vida solo era dejar que los días pasaran, sin esperar nada, porque no había nada que esperar. Estaba solo y vacío en un mar de matices grises. Estaba rodeado de sombras. Estaba muerto, no tenía corazón, ¿entiendes lo que quiero decir?

¿Si puedo entender lo que significaba vivir de aquella manera? Solo imaginarlo. Y oír cómo lo explica hace que mi propio corazón se encoja.

Yo nunca he vivido así. Siempre hubo emociones... Y muy pocas buenas.

—Creo que sí —asiento.

—Cuando llegó Worren... Fue como si el sol se abriera paso en un cielo que había pasado encapotado muchos años. Solo con su presencia trajo luz y color a mi mundo gris. La primera vez que me habló fue como si se rompiera el silencio y sonara por primera vez la música. Me trajo la vida misma.

—Sé lo abrumador que es.

Lo sé.

Durante dos años estuve allí, yendo día tras día a clase con él...y con Lander. Excepto que a mí el modo en que Worren brillaba me repugnaba.

La mayor parte de la gente se deja llevar por el carisma de unos pocos. Lander es como ellos. Yo soy de la minoría contraria. Nunca me ha gustado el carisma, siento que es un engaño. Es la llama que atrae a la polilla; y las llamas quemar.

—Quedé eclipsado de inmediato por él —murmura—. Su luz me atraía. Como el canto de una sirena. Como la llama para una polilla.

¿Qué acabo de decir?

—Su voz, su sonrisa, su mirada...No lo sé —continúa—. Todo en él me llevaba a querer mirarlo, a estar cerca.

—Se llama carisma. Worren tiene mucho de eso.

—Todo el mundo rondaba a su alrededor.

Sí, lo sé. La gente lo adoraba...Todavía lo adora. Es un buen chico, amable, responsable, cariñoso y sano, y hace muchas labores sociales. Todo eso ya lo sé.

—Yo no esperaba ser ni más ni menos que los demás. Otro compañero del que sabía el nombre y al que prestaba el boli si podía. Me sentí muy afortunado cuando me propuso hacer juntos el trabajo de química. Se convirtió en una constante, ¿sabes? Trabajar juntos, incluso a veces quedábamos para estudiar. Todo tenía relación con el instituto... hasta que me propuso que fuera a dormir a su casa.

Noto que se me retuercen las entrañas. ¿Por qué he preguntado? ¿Por qué quiero saberlo?

—Solo iba a ser una película y dormir. Worren nunca ha tenido mucho tiempo libre. Quería pasarlo conmigo, ¿cómo podía decirle que no? Era... era el centro de mi vida.

—Lo sé.

Lo digo a media voz, amargamente, y Lander me mira con sorpresa y curiosidad.

Se dejó llevar por el carisma de Worren. Aún lo hace, y no se da cuenta.

—Solo era una película —murmura, sin apartar su mirada de la mía, ni yo de la suya, porque si tiene que decírmelo prefiero que sea mirándome a los ojos—. Worren... Worren se adormiló en seguida. En cuanto paraba parecía tan cansado... Me dijo si quería dormir con él. Le dije que sí. Entonces me abrazó y empezó a...

Se queda callado ahora. Parece desconcertado.

¿En qué estás pensando, Lander? ¿Estás recordando cómo fue esa primera vez?

¿Y cómo fue? ¿Fue amable contigo al menos en esa ocasión, o siempre fue igual, siempre te ha tratado con la misma indiferencia?

—¿Lander? —lo llamo.

Da y respingo y vuelve a mirarme.

—Ya está —dice—. Empezamos así. Supongo que no fue muy romántico, pero no podría haber sido mejor.

Esa idea me quema en la boca del estómago. ¡No podría haber sido mejor, dice!

—La persona que me gustaba me hizo el amor, y a partir de entonces me dedicó cada minuto de su tiempo libre.

—¿Fue tierno? —Necesito saberlo.

—¿Qué?

—Worren. ¿Era tierno contigo al principio?

Se queda callado un momento, supongo que recordando.

—Sí —responde al final—. Sí, al principio fue tierno.

Pero veo la sombra de la duda en sus ojos. Ahora también veo la tristeza.

—Eh.

Lo atraigo hacia mí y lo beso en la sien, suavemente. Veo que cierra los ojos, de modo que con los labios recorro sus párpados. Lander trabaja saliva, lo oigo. Su mano recorre mi costado y se aferra a mi espalda.

—Yo le quiero —musita en voz baja—. Pero no sé si él me quiere a mí.

Noto que se me parte el corazón.

Parece tan triste, tan desamparado...No era esto lo que quería. No quería entristecerlo.

—Díselo.

Abre los ojos y me mira otra vez. Me duele el pecho, pero no importa. No importa porque lo primero es Lander, no yo, aunque para hacerlo feliz tenga que ayudarlo a solucionar su relación destructiva.

—Dile cómo te hace sentir. Sé franco. Que te sientes abandonado y vacío y necesitas que te preste atención. No es malo querer que la persona a la que amas te preste atención.

Lo es si quiere a otro, supongo. Como me pasa a mí. Pero no quiero que me prestes atención si eso te hace daño.

Vuelve con él. Vuelve y consigue que te haga feliz, porque si no me amas, yo no puedo hacerlo por mucho que te quiera.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Es enternecedor que le preocupen mis sentimientos. Es enternecedor que se sienta tan inseguro hablando conmigo de esto, y que me pregunte si estoy seguro de querer que su relación se arregle.

Una parte de mí no quiere. Hay algo dentro de mí, algo oscuro y egoísta, que quiere que esta relación termine y que Lander corra a mis brazos para tenerlo por fin y de una vez por todas.

No lo dejaría marchar jamás. Lo colmaría en todos los aspectos y nunca recordaría siquiera que una vez hubo alguien llamado Worren en su vida.

Pero no haré caso a esos impulsos tan bajos. Él lo ama...Y mientras siga siendo así callaré y me quedaré en la sombra, en mi lugar.

Siempre ha sido mi lugar.

Fuerzo una débil sonrisa y lo acaricio, lo siento bajo mis dedos.

—Tranquilo, Lander —murmuro—. No importa lo que pase, yo siempre te amaré.

==== Capítulo VII ====

—¿De verdad que no quieres que te preste algo de mi hermano? —insiste él, visiblemente incómodo, y yo niego con la cabeza.

Ya me ha quitado los pantalones, algo que no quería que sucediera, y me ha prestado un albornoz. Ha asegurado que no está usado, nadie lo utiliza en casa. No hace falta que se preocupe tanto, con tanta ansia. Estoy bien.

Ha puesto nuestra ropa en la secadora. Nos queda un rato.

Un rato de estar a solas, sin nada que hacer excepto... ¿Qué?

¿Qué tengo que hacer ahora?

Lander se apoya en la pared y me mira. Él sí se ha cambiado; lleva un chándal oscuro, y el cuello de la camiseta es bajo, en pico. Enseña demasiado pecho para mi salud. No debo mirarlo así.

Me vuelvo hacia la secadora y miro la ropa dando vueltas.

Queda un rato y yo no sé qué hacer ahora.

—¿Quieres que vayamos al salón? —pregunta.

Se siente incómodo, casi tanto como yo. Dios, pero si me he declarado.

Hay algo tremendamente mal en esta situación. No debería estar aquí. Debería haberme llevado mis pantalones húmedos y haberme marchado después de toda esa palabrería sensiblera.

—No te preocupes por mí —respondo con suavidad, sin mirarlo—. Cuando salga la ropa tendré que irme.

—¿Tan pronto?

Parece decepcionado. ¿Decepcionado porque me quedo un poco, o porque me voy? Estoy desvariando, ¿verdad?

—Tengo que trabajar —digo, encogiéndome de hombros.

—¿Trabajas? —Parece sorprendido.

—Vivo solo, ¿recuerdas?

Noto que se revuelve. Lo miro de refilón y veo que se ha puesto rojo, que está

avergonzado.

No sabes nada de mí, ¿verdad, Lander? Y ahora eso te molesta, después de todo.

—¿De qué trabajas? —inquire.

—Soy teleoperador —explico en seguida—. De nueve a dos me dedico a hacer y recibir llamadas a un teléfono especial que tengo en el ordenador.

—Pero... Pero son...

—Lo sé. Hoy haré el turno de tarde. No pasa nada, los superiores son flexibles. Además no fallo nunca, así que no hay problema.

He intentado aliviarlo, pero sigue pareciendo tan culpable... Culpable por apartarme del trabajo, y por no saber siquiera que trabajo.

Lander, no es culpa tuya. No te lo he dicho. No somos amigos, ambos lo sabemos.

—Lo siento... —musita.

—Eh.

Me muevo para mirarlo, y él también me mira.

—Eres el único motivo por el que haría un cambio en mi trabajo, Lander —aseguro—. Y es decisión mía. No hay nada que tengas que sentir.

Aparta la vista bruscamente, como si le avergonzara mi sinceridad.

—De todos modos vamos al salón —me dice—. Este cuarto siempre es frío.

Pasa junto a mí, dándome una amistosa palmadita en el brazo, como si fuéramos viejos camaradas a punto de tener una tarde de amigotes.

Pero no somos amigotes, ni camaradas. Y aunque sea egoísta por mi parte no quiero que lo piense.

Bruscamente lo tomo en mis brazos, estrechándolo contra mi pecho. Da un respingo, con sorpresa. Lo beso en el cuello, arrancándole un jadeo, y entonces me aparto y voy por mi cuenta al salón, sin esperarle.

Cuando me sigue nos sentamos en el sofá. Parece turbado un momento. Después carraspea, y empezamos a hablar.

—Pero entonces, ¿desde cuándo vives solo? —me pregunta en cierto momento.

—Tú también vives solo —respondo evasivamente.

—No, yo vivo con mi hermano, que es mi tutor legal, lo que pasa que está mucho tiempo fuera.

—Vale. Worren vive solo.

—Worren vive con sus padres. —Lander se ríe—. Pero tampoco están mucho en casa.

No importa lo que intente evadir la cuestión, siempre tiene una respuesta.

Está bien. Seré sincero contigo, Lander. Te contaré esas cosas que nadie sabe, y la mayoría apenas llegan a intuir.

—Desde los dieciséis años —digo finalmente.

Lo veo parpadear, echando cuentas. Si la edad de independizarse empieza a los dieciocho, ¿cómo es posible? Ah, ese es el kit de la cuestión.

—Mis padres me dieron la emancipación anticipada para quitármese de delante —confieso con completa sinceridad, y veo que sufre un escalofrío mientras me mira.

—¿Qué?

Alzo los hombros, como si no importara.

—Mi madre era drogadicta —respondo en un murmullo.

Hablo demasiado bajo, me parece, porque él se acerca. Ojalá fuera porque le gusta mi proximidad, y no para escuchar lo que digo.

—Mi padre nos pegaba a ella y a sus hijos —continúo.

Se le abren inmensamente sus hermosos ojos, y me observa, incrédulo.

—Cuando me... me harté... —Sigo hablando con lentitud, pensando muy bien mis palabras—... amenacé a mi padre. Le hice creer que tenía pruebas contra él a buen recaudo, y que, o me daba la emancipación, o esas pruebas saldrían a la luz. Por supuesto que si algo me pasaba saldrían igualmente... Así que se libró de mí como buenamente pudo.

—¿Si algo... te pasaba?

No entiende. Y en cierto modo, ¿no es mejor así?

Pero sigue mirándome, genuinamente interesado.

Nunca, jamás, nadie me ha mirado así. Como si importara. ¿Te importo, Lander? ¿Te importo lo bastante como para guardar mis oscuros secretos?

—Lo que te voy a decir... —murmuro—... no puede salir de aquí. ¿De acuerdo? Tienes que guardarme este secreto.

—Desde luego —asiente en seguida.

Respiro hondo, me hundo en sus ojos verdes. Preciosos ojos.

—Mis dos hermanos mayores... —explico, arrancando las confesiones de mi pecho, las palabras jamás pronunciadas—... murieron en... extrañas circunstancias.

Veo que alza las cejas. No lo entiende. Titubeo. No sé cómo decírselo. Nunca se lo he dicho a nadie. Trago saliva.

—Mi padre los mató.

Ya está dicho, pero eso no me hace sentir mejor.

Lo observo, ansioso, esperando que la comprensión se abra paso.

—¿Qué...? —Su voz sale aguda y asfixiada.

Ya está dicho. No hay vuelta atrás.

He empezado, de modo que, ¿qué más da?

—Yo era pequeño cuando murió el primero al caerse por el balcón —digo rápidamente—. Se partió el cuello. No lo recuerdo mucho. Pero el segundo intentaba escapar de casa, de las palizas de mi padre. Lo vi todo desde la puerta de mi cuarto; mi padre lo pilló y empezó a gritarle y empujarle. Al final mi hermano cayó por las escaleras. Podría haberse salvado, pero mi padre se quedó mirando mientras moría. Y yo tampoco hice nada.

Podría haberlo hecho. Podría haber corrido hasta el teléfono y llamado a una ambulancia. Pero entonces... ¿Habría vivido yo para contarle? Lo dudo. Lo dudo enormemente.

Fui egoísta y callé. Me quedé inmóvil, observando mientras mi hermano moría. La imagen ensangrentada y retorcida todavía permanece en mis sueños a veces.

—Dios santo, Alberich... —musita, abrumado seguramente por lo que le estoy contando.

—No tienes que decir nada —me apresuro a decirle.

Lo veo boquear. Prefiero concentrarme en el movimiento de su boca que no en mis propios demonios. Prefiero ver sus labios que mis recuerdos.

—Mis padres murieron cuando tenía nueve años.

Alzo la mirada a sus ojos. ¿Qué acaba de decir? ¿Me ha hablado de sus padres?

¿Por qué? ¿Por qué sale a colación un tema que resulta tan doloroso?

Parece tan sorprendido como yo. En realidad no quiere hablar de ello, ¿verdad? No quiere contármelo. ¿Quién soy yo, al fin y al cabo?

—Algo había oído —respondo con cautela, porque no importa cómo haya cambiado el tema, tengo que contestar algo—. Debí ser duro.

—Fue un atraco en la calle. Mi hermano estaba en casa estudiando, y ellos me llevaron a comprar.

—No tienes que contármelo.

Traga saliva y se relame los labios. Su mirada es vidriosa, clavada en mis ojos.

—Eran tres. – Continúa. – Nos sorprendieron por detrás y cogieron a mi madre del pelo.

No pude evitar fruncir el ceño.

¿Por qué? ¿Por qué me lo cuentas, Lander? ¿Por qué desentierras este viejo dolor?

¿Es por mí? No, dios, no lo hagas por mí. No intentes cubrir mi tormento con el tuyo.

—Los otros trataron de apresar a mi padre, pero mi madre nos alertó. Recuerdo muy bien lo que dijo. «Llévate a Lander». Mi padre me cogió en brazos y echó a correr.

—Lander...

—Le dispararon por la espalda. Oí a mi madre gritar, y después noté un dolor punzante en la pierna.

Bajé la mirada a su muslo.

La cicatriz. La cicatriz que tiene, pequeña, circular.

Dios. Era un balazo.

—La bala atravesó el costado de mi padre y me dio a mí —sigue hablando, sin piedad por él, ni por mí—. Al principio no lloré, pero entonces mi padre cayó al suelo y vi toda la sangre encharcando el asfalto. Se oyó otro disparo y vi que mi madre también quedaba tirada. Los atracadores se fueron sin coger nada. Supongo que no eran atracadores en realidad.

Por todos los malditos dioses, ¿qué?

Lander está llorando. Sus ojos derraman lágrimas de dolor, ¿y cómo no hacerlo? Con lo que está recordando... ¿Por qué?

Alzo mi mano, le acaricio el rostro. No quiero que llore. Su dolor también me duele. Después de tanto tiempo, ¿se siente mejor al compartirlo?

—Recuerdo la sangre —murmura—. De mi padre, de mi madre, la mía. Se mezclaba en el suelo. Empecé a gritar. Supongo que perdí el sentido, porque lo siguiente que recuerdo es estar en el hospital, muy seguro de que estaba muerto.

—Lander...

—Las enfermeras venían y me decían que había sobrevivido, pero yo no me lo creía. Estaba convencido de que había muerto con mis padres, que no podía haber vivido yo y no ellos. Esa sensación no desapareció con los años. Miraba el mundo y no me pertenecía. Miraba a la gente y era como ver espectros desvaídos. Yo no sentía nada. Ya te he hablado de esto. Estaba vacío. Muerto.

Ahora comprendo lo que quiso decirme cuando me habló de las sombras, el mundo gris. Todo tiene sentido.

Incluso él.

—Entonces llegó Worren —murmuro, sin querer hacerlo en realidad.

Ya no está llorando, y eso me alivia.

—Sí. Entonces llegó Worren, y trajo la luz y la vida a mi alma arrasada. Cuando me miraba, cuando me hablaba, empecé a... a sentir. A sentir de verdad.

Por eso lo ama. No porque lo quiera de verdad, sino porque logró que su corazón volviera a latir.

Su pobre, tierno y maltrecho corazón.

—Le debo todo lo que soy —me dice—. Le debo estar vivo ahora.

No puedo soportarlo. Me muevo, lo abrazo, lo estrecho contra mi pecho. Desearía haber estado aquí. Desearía haberlo sacado de su miseria al principio en lugar de llegar ahora que no me necesita.

Aun así me corresponde. Tal vez, solo tal vez, todavía pueda hacerle sentir un poco mejor.

~ 51 ~

Sombras Grises - Alberich
Por Athalia's
www.athalias.es

==== Capítulo VIII ====

Esta noche no he dormido.

A veces me pasa, no es nada excepcional. Pero es que me siento agotado. Enfermo.

A veces sufro de insomnio. No pasa nada. Es solo que estoy de mal humor, y eso lo empeora.

Pienso en Lander. Pienso en él más de lo que he pensado nunca.

Ahora no es solo un amor platónico que procuro mantener en un rincón de mi mente, para que no estorbe en mi vida diaria. Ahora es algo tangible, real: lo he tocado, lo he saboreado, lo he disfrutado...

Y sigo sin poseerlo.

¿En qué estaba yo pensando cuando me lancé a sus brazos, cuando lo tomé en los míos? Me he convertido en su puta, joder.

Es en momentos como este cuando me arrepiento de meterme donde no me llaman.

—Soy patético —me digo, mirándome al espejo por la mañana, antes de comenzar mi trabajo.

El día ha sido pesado. No he podido concentrarme. Estoy cansado y malhumorado, y toda esa gentuza con la que hablo por teléfono todas las mañanas me han puesto enfermo.

Ya he acabado la jornada. He pasado la tarde jugando a videojuegos. Me he comportado como un zombie, lo sé. Me he sentido desconectado, a la espera.

He dejado de estar a la espera cuando he oído que sonaba mi teléfono.

Lo tengo en la mano. Es él: Lander me está llamando.

Es patético el modo en que mi corazón se despierta solo por saber que me llama. Es patético cuánto lo amo, joder.

Descuelgo y me acerco el móvil al oído.

—¿Diga?

No hay respuesta. Frunzo el ceño, y me preocupo.

—¿Lander? —lo llamo.

—Hola —dice entonces.

—¿Estás bien?

—Sí...Sí, todo va bien.

—Ah.

Me intento relajar.

Estoy preocupado por él. Estoy preocupado siempre. Desde que le he puesto las manos encima que no dejo de pensar en lo que hace y lo que deja de hacer, si está bien.

Ahora me ha llamado, y no sé para qué. No me atrevo a preguntar.

—Hice caso de... tus consejos —comenta entonces, de un modo dudoso, como si no estuviera seguro de sus palabras—. He hablado sinceramente con...

No sigue, pero lo entiendo.

Ha estado con Worren.

Ha hablado con él.

Y me llama solo para decirme cuál es el resultado.

Parece turbado, su voz titubea.

Si hubiera ido mal...

Si hubieran cortado no sonaría así. Sonaría destrozado, lo sé. Sonaría triste, amargo, lloroso, y acudiría a mí en busca de consuelo.

Pero no es así.

No lo han dejado.

Lander sigue con ese bastardo que nunca lo va a amar de verdad.

Aprieto un puño una, dos, tres veces, hasta diez, concentrándome en el movimiento para serenarme. Solo ahora puedo hablar con calma, con suavidad, porque él no merece mi ira. Nunca me ha pertenecido, así que no hay motivos para que me sienta furioso.

—¿Qué ha dicho? —pregunto.

—Que lo lamenta —responde—. Y que tratará de arreglarlo. Dijo que ajustaría

sus horarios, que haríamos cosas junto.

—¿Y el sexo?

—¿Qué? No es lo importante.

—¿Qué dijo sobre eso?

—Que... Que prestaría más atención.

Contengo las ganas de lanzar un impropio burlón. Worren es incapaz de prestarle atención a algo que no sea su puto ombligo. Pero no se lo puedo decir a Lander. Lander lo ama.

—Bien —digo en su lugar, aunque las palabras me queman, pero me obligo a recordarme que si él es feliz, es suficiente para mí—. No eres un pañuelo de papel, Lander.

—¿Estás bien con esto? —pregunta en voz baja.

—Por supuesto. Le quieres a él.

¿He podido evitar la amargura en mi voz? No lo sé. No quiero que Lander lo sepa, no quiero que lo oiga.

Pero joder, ¡joder!, una parte de mí siempre va a desear su puto corazón. Yo lo cuidaría. Lo mimaría. Nunca le haría daño, no como Worren.

Pero no me lo dará.

Nunca.

Contrólate, Alberich. Por dios tienes que controlarte.

—Lander... —logro decir en un murmullo, un recordatorio—. Cuando todo tu mundo se tambalee yo seguiré firme para ti. Voy a estar para todo lo que quieras, todo lo que necesites, pase lo que pase.

Lander guarda silencio.

No te estoy seduciendo. No voy a intentarlo siquiera. Pero tienes que saber, por lo menos tienes que saber que estaré ahí para ti. Siempre. No importa lo que suceda.

No dice nada. El corazón me duele.

—Disfruta de tu noche, Lander —me despido.

Cuelgo. Aprieto el puño cinco veces. No me sirve de nada.

—¡Me cago en la puta!

Golpeo la mesa auxiliar junto al sofá. Se rompe con estrépito. La pequeña caja de cerámica que había encima se ha hecho añicos.

Añicos, como mi puñetero corazón.

—¡Joder!

Me levanto y me voy. Vivo solo. Ya lo recogeré. O no. ¿Le importa a alguien?

¿Hay alguien a quien yo le importe?

—¡Joder, Lander!

No puedo controlarme, no quiero, no puedo. Golpeo la pared con los puños. Duele, pero qué más da. Presa de la furia vuelvo a golpear, y otra vez, y otra.

—¡Joder, joder, joder!

Y no voy a parar. No pienso parar hasta poder sacarme de dentro este dolor.

Pero sé, lo sé mientras sigo golpeando la pared: no voy a poder hacerlo.

==== Capítulo IX ====

Cinco días.

Cinco días de silencio.

El teléfono no había vuelto a sonar.

Lander no llamó, y yo...

Yo apenas he dormido.

Estoy tirado en la cama. Me da igual que sea apenas mediodía. Sea como sea tengo que dormir. Necesito dormir. Tengo el brazo sobre los ojos, por si la oscuridad de la habitación cerrada a cal y canto no fuera suficiente, pero estoy completamente desvelado. Me pesa el cuerpo, ¿por qué mierdas no puedo dormir?

Estoy aquí tirado como una puta colilla y no consigo conciliar el sueño. ¿Cuánto he dormido en la última semana, diez horas a lo sumo? Vaya putísima mierda.

¿Y por qué mierda no me ha llamado en estos cinco días, a ver? Me parece muy bien que vuelva a estar estupendamente con el cabrón de su novio, y que no me necesite para un polvo, pero coño, creí que por lo menos podríamos ser amigos, y los amigos se llaman, ¿no?

Bah. A quién quiero engañar. No somos amigos, nunca lo hemos sido y nunca lo seremos. No hay amistad que valga cuando encontramos sexo de por medio.

Yo soy el que lame sus heridas cuando Worren le destroza el corazón. Soy el que lo cura, lo aconseja y después lo deja volver a intentarlo con su novio. Soy el gilipollas de turno. Soy la puta.

Noto que una amarga carcajada me corta la garganta.

Cuando no puedo dormir me vuelvo un hijo de puta. Mis propios pensamientos son una amalgama de palabrotas y jodiendas varias.

—Este no soy yo —me recuerdo, como muchas veces tengo que recordármelo—. Es el cansancio. Es el malestar que provoca. No soy yo. No soy tan cabrón.

Suspiro y me pongo de lado, acurrucándome en la oscuridad. Tengo calor. Necesito dormir. Da igual la hora que sea, necesito dormir.

Entonces en el silencio restalla un sonido.

Alterado me siento y miro alrededor. ¿Qué ha sido? ¿Qué ha pasado?

Reconozco la segunda tonada. Es mi móvil.

Nadie me llama nunca. No tengo amigos, no los quiero.

Solo Lander.

Solo...Lander.

—¡Mierda!

Salto sobre el teléfono móvil. Qué patético soy, coño. Miro la pantalla.

Es él.

—Dios mío, Lander...

Contengo el aliento. Contrólate, hostia. Respiro hondo. Descuelgo.

—Lander, hola.

¿Nota mi ansiedad?

¿Nota mi maldito alivio por tener noticias tuyas después de cinco días de silencio?

Oigo que respira al otro lado.

—Te quiero —suelta de pronto, así, a la buena de dios.

No lo entiendo. Tengo que haber oído mal. Ha dicho «le quiero». Por supuesto que ha dicho eso.

—¿Qué? —quiero asegurarme.

Su respiración es agitada. Me trae recuerdos: recuerdos de jadeos, de placer, de su cuerpo cimbreado bajo el mío.

Me cago en la puta del insomnio, me está pasando factura.

—Que te quiero —repite, y con mucha claridad.

Lo ha dicho. Ha dicho esa...esa...frase.

Me quiere.

¿Me quiere?

No, no lo hace. No es posible.

Lander no me querría nunca. Lander...

Joder, joder, joder.

Es mentira. Está enamorado de Worren. Ha sido él. Le ha hecho algo. Le ha hecho algo y acude a mí porque sabe que yo lo voy a amar, lo voy a cuidar y le voy a dar el cariño que se muere por sentir. Es capaz de convencerse a sí mismo de que me quiere solo para no sentir ese maldito vacío en el pecho, el vacío que deja Worren.

Pero no hagas esto, Lander, hostia. Te daré todo lo que tengo, pero no me mientas. No me engañes. No puedo con esta mierda.

Respira, Alberich. Respira. Te hace falta. Recupera el aliento. No digas nada. Todavía no. Está asustado. Está solo y desesperado y te necesita.

—¿Alberich...? —Su voz titubea entre la sorpresa y el temor.

De acuerdo.

De acuerdo. Voy a hacerlo. Puedo hacerlo. No importa qué pase, no importa hasta cuándo haya que seguir aguantando, lo haré.

Porque yo sí te quiero, Lander. Más que a mi puta alma.

—¿Qué te ha hecho esta vez? —pregunto.

Intento ser relajado, pero no puedo. Intento sonar paciente, y no sé si lo he conseguido. La idea de que lo siga jodiendo me hace arder la sangre en las venas. La idea de que Lander lo siga aceptando, que Lander todavía sufra por ese cabrón, me vuelve loco.

—Nada —responde de inmediato—. No tiene que ver con esto.

—No pasa nada, Lander, si te hace daño puedes recurrir a mí. —De eso se trata, para eso estoy aquí—. No me importa ser el plato de consolación. —El puto polvo que te ayude a pensar con claridad, que te seque las lágrimas después de darte tres o cuatro orgasmos—. Pero me cabrea que siga jodiéndote impunemente, no sé si voy a aguantarlo mucho más si no...

—¡Alberich, no entiendes nada!

Suspiro.

Sí lo entiendo. Lo entiendo demasiado bien. Aunque no quiera.

—No es Worren —me asegura—. No tiene nada que ver con él. Soy yo, que soy un imbécil y un cabeza hueca. Worren...Worren era el centro de mi mundo, ¿lo entiendes? Llegó como un haz de luz y quedé deslumbrado, tú lo sabes.

Sí, sé todo eso.

—Lander...

—No, escúchame, escucha —me interrumpes.

Parece tan acelerado. Tan sincero.

Tan autoengañado.

—Worren es todo lo que yo tenía —dice—. No había nada más en mi vida, solo sombras difusas, grises, y él era claro y brillante y me llenaba, me hacía sentir vivo solo con mirarme. Cuando tuve la oportunidad me aferré a él con todas mis fuerzas, a la persona que me hacía sentir tan pleno, tan lleno de vida. Todo era mentira, Alberich, en realidad nunca he amado a Worren. Su carisma, su... su...

—Sex appeal —lo intento ayudar con un suspiro.

—Todo él me deslumbró por completo y creí amarlo, lo creí de veras, y hubiera seguido así si no fuera por ti. Me has enseñado lo que es el amor de verdad, Alberich, y ahora sé que a quien amo no es a Worren, es a ti, solo a ti.

—Por supuesto.

Por supuesto que no.

Te he dado todo lo que tengo, y te ha gustado. Quieres amarme. Es mejor amarme a mí que a él, ¿no? Al menos cuando te hace daño. Al menos cuando te deja vacío y llorando.

Pero no me quiere. Lander no me quiere. No es algo que se pueda escoger. No es algo que cambie a golpe de fuerza de voluntad. Que me lo digan a mí. Llevo años sintiendo esto, y aunque quisiera sacármelo no puedo.

No puedo.

Pero él no lo entiende, y no podemos seguir manteniendo esta conversación por teléfono. Tengo que mirarlo a la cara. Tiene que mirarme a la mía para darse cuenta de que no le despierto esas emociones.

Por dios, date cuenta por ti mismo. No me obligues a repetir una y otra vez que no puedes amarme. Por favor.

—¿Dónde estás? —le digo—. ¿Quieres que te recoja?

Se queda callado un momento.

—No —responde al fin—. Casi he llegado.

—Vale —asiento—. Estoy aquí para lo que necesites, ya lo sabes. Siempre.

Apenas unos minutos, y el timbre ya suena.

¿Tan deprisa? Tan cerca...

En seguida voy a abrirle.

Ahí está. Lander me mira, y sus ojos brillan de una manera especial. Antes nunca me había mirado así. Esos ojos de cordero son los que pone cuando piensa en Worren, no en mí.

No en mí.

Sus labios se mueven. Creo que dice mi nombre, pero no llego a oírle.

No tengo tiempo de pensar.

Sus brazos estrechan mi cuello y su boca devora la mía con vehemencia, con ardor, con pasión.

¿Me ha besado alguna vez así? No lo sé. No lo sé. Y no me importa.

Lo abrazo, lo correspondo. Lo quiero. Joder, lo quiero, me cago en la puta.

—Lo siento... —musita, todo su cuerpo apretándose contra el mío, sus labios frotándose contra los míos, su aliento mezclándose con el mío.

Yo no siento nada. Ahora no soy capaz de sentir nada. ¿Por qué? Está conmigo. Me da igual por qué ha venido. Ha venido y me ha besado, mierda. Solo quiero tener su boca un poco más.

—Alberich...

Me aprieta con fuerza, y yo a él, y volvemos a besarnos. Su boca está ardiendo. Le estrecho la cintura, lo levanto para llevarlo conmigo al interior del piso. Se deja hacer, jadeando sobre mis labios con un sonido particularmente erótico.

—Lo siento, lo siento... —musita otra vez.

—¿Qué es lo que sientes? —Me veo obligado a preguntarlo, para conseguir que deje de lamentarse.

—Yo... Tú... Esto...

¿Siente haber acudido a mí para desahogarse? ¿Por qué debería? Este es mi papel.

Este es mi sitio. No me importa. Es todo lo que puedo tener contigo, Lander. Me da igual.

Me da igual que no me ames.

Me da igual.

—No tienes que lamentar nada —le aseguro, y estrechándolo con fuerza lo beso en al frente, en la sien, por todo el rostro—. Este es el papel que yo escogí. No pediría nada más.

Beso su boca. ¿Por qué sus labios tiemblan? ¿Por qué no me responde como antes? Quiero tu pasión. Quiero tu fuego. Es todo lo que me puedes dar, lo sé.

—Quiero ser quien te apoye, Lander —susurro. — Quien te respalde en todo momento. No importa nada más...

—Alberich... —Su voz es ahogada, casi quebrada, un murmullo quedo y ardiente—. Te quiero...

—No tienes que hacerlo. —Aunque me duela—. No tienes que sentirte culpable por lo que hemos hecho, por lo que podemos hacer.

Alza la cabeza y me mira a los ojos. Yo miro los suyos: tan vivos, tan brillantes, tan desbordantes de emociones.

Tienes un corazón tan grande. Pero los dos sabemos que no me pertenece. Y ojalá lo hiciera. Ojalá.

—Para mí, estar contigo así, consolándote, apoyándote... —digo por lo bajo, sin apartar la mirada—... es más que suficiente.

—No, no lo es —replica entonces, con bastante dureza, debo añadir—. Joder, Alberich. No sería suficiente para nadie. Pero no importa, ¿vale?, no importa porque te amo de verdad, maldita sea.

—No. Amas a Worren.

Para.

—¡No! —exclama con frustración—. Escúchame, joder...

Para de una vez, por favor...

—No amo a Worren, todo era una ilusión y...

Le cubro la boca para que no siga. Se calla. Menos mal. No puedo más. Tienes

que callarte, tienes que dejar de hacerme esto. Puedo hacerlo todo por ti, pero esto no. Esto me mata.

—Déjame adivinar —murmuro, y dejo caer la primera hipótesis, la que siempre he sabido que es cierta—. Has descubierto que Worren nunca te ha amado.

Parece desconcertado.

Yo tenía razón. Siempre la tuve. Ese hijo de puta no quería a Lander, nunca lo ha querido. Lo ha usado. Lo ha utilizado, y ahora se ha dado cuenta.

—Eres muy dependiente, Lander —le digo con suavidad—. Sabes lo que es la soledad, y te aterroriza volver a ella. Worren te ha dado la espalda y te sientes desamparado, perdido. Acudes a mí porque sabes que yo sí te amo, sabes que te haré sentir especial, valorado, querido, y necesitas eso ahora que has perdido el rumbo.

Respira de un modo irregular. Sabe que tengo razón. Sabe que la tengo, y no le gusta. No quiere hacerme lo que le han hecho a él, pero no pasa nada. No pasa nada.

—Eres demasiado bueno para usarme —continúo—. De manera que buscas un subterfugio que te haga sentir mejor. Corresponderme, por ejemplo. Crees que me correspondes porque necesitas que yo te ame, pero Lander, te equivocas.

Mueve ligeramente la cabeza a un lado. Mis dedos ya no tocan su boca. Quiero su boca. Lo quiero a él.

—Puedes usarme sin temor ni remordimientos, Lander —le recuerdo—. Te amo sin condiciones... —Me guste o no—... y quiero que me utilices siempre que lo necesites.

—¡No!

Entonces me empuja.

Lander me empuja y retrocede, apartándose de mí como si de pronto le asqueara. Sacude la cabeza. Parece tan perdido. Mi Lander. Mi pequeño. Mi amor.

—¿Por qué haces esto? —pregunta en un murmullo dolido.

—No quiero que te engañes, Lander —confieso—. Ni que me engañes a mí.

Me mira a los ojos. Me mira y creo que ve hasta los últimos secretos de mi alma: todo el dolor, toda la amargura, todo lo que soy capaz de aguantar, todo lo que aguantaré, aunque me haga daño.

Retrocede un poco más. Me sigue mirando.

No quiero que se vaya, pero cuando se da la vuelta y echa a correr por las escaleras no soy capaz de ir tras él.

—Te quiero, Lander —musito, no obstante, aunque sé que no me oye.

==== Capítulo X ====

No ha vuelto.

Es de noche y no puedo pegar ojo, mirando todo el rato el teléfono móvil.

Ni una llamada. Ni un mensaje.

¿Dónde estás, Lander? Al menos dime que has llegado bien. Dime algo. Lo que sea. No huyas de mí.

Apenas he podido trabajar. No he llegado a la cuota de hoy. El jefe me ha preguntado si estoy bien. Le he dicho que sí, pero no es cierto.

No es cierto.

Sigo mirando el móvil. Está mudo.

Lander, háblame.

Quizá debería llamar yo. Preguntarle cómo está. Decirle que no le odio. Que no me odie. Pero no puedo. ¿Es orgullo esto que siento? ¿No soy capaz de acabar de humillarme? ¿No soy capaz de decirle que le necesito?

No.

No soy capaz.

Soy el colmo del patetismo.

No puedo dormir.

Necesito conciliar el sueño.

Necesito dormir.

En la farmacia me recomiendan unas pastillas. No me gustan las putas pastillas, pero no tengo otra opción. Me siento al borde de la histeria. Voy a volverme loco si no duermo. ¿Cuánto hacía que no tenía una etapa de insomnio semejante?

Lander no llama.

Leo las instrucciones mientras estoy en la cama. Tomo la pastilla y apago la luz.

Pasan los minutos.

No puedo dormir.

Se acabó.

Voy a dormir sea como sea. No puedo más.

Cojo tres pastillas del potecito, me las meto en la boca y bebo un trago de agua.
Necesito dormir de una puta vez. Necesito...

Oigo una voz. Pero no puede ser. Estoy solo. ¿Estoy soñando entonces? ¿He logrado dormir? No sé cuándo lo he hecho. No me importa.

Algo se está moviendo. Creo que es la cama.

Espera. Mi cama no se mueve. No puede. Soy yo.

¿Qué está pasando?

—¡Alberich, joder...! —La voz vuelve a llamarme, con completa desesperación, una desesperación que me hace estremecer de ternura y anhelo—. ¡Deja de jugar conmigo y abre los ojos! —La voz grita—. ¡Abre los putos ojos!

Llora. Es un llanto. Tengo algo encima. A alguien.

No estoy soñando. No estoy durmiendo.

Conozco esta voz.

—¿Lander...?

Abro los ojos con dificultad. Me los siento secos, arenosos, agotados, pero tengo que abrirlos, tengo que mirar, tengo que ver.

Él está conmigo.

Y está llorando.

Desconcertado me alzo sobre un codo, sin entender.

—¿Qué...? —musito, perdido—. ¿Lander?

Alargo mi mano para encender la luz.

Sigue aquí. Sigue conmigo.

¿Cómo?

¿Por qué?

Ah, qué importa. De pronto se me echa encima y me besa. No puedo contener un

jadeo de sorpresa, pero después de todo, después de este tiempo, del silencio y la distancia, no voy a desaprovecharlo: lo abrazo, lo beso también, lo devoro y él a mí.

—¡Eres gilipollas! —me grita de pronto, con la voz ahogada.

—Lander, no entiendo nada...

—¿¡Qué coño es eso?!

Veo que señala el pote de las pastillas. Se ha tumbado y las susodichas están tiradas por todas partes.

Mierda. Las pastillas.

Las tres putas pastillas.

—Hace algún tiempo que tengo problemas para dormir —respondo.

—¿Son somníferos?

—Sí. Anoche no me funcionaban y estaba...

Desesperado. Por ti. Por dormir. Por todo.

—Necesitaba urgentemente conciliar el sueño, así que tomé tres. —Me siento confuso—. Debieron funcionar deprisa. No recuerdo ni haber dejado el pote.

La mirada de Lander es atónita.

Atónita y desbordante de felicidad.

No lo entiendo.

Tiene las mejillas bañadas en lágrimas. Eso tampoco lo entiendo. ¿Por qué está llorando tanto?

—¡Me has dado un susto de muerte, gilipollas! —me grita.

—¿Pensaste que me había intentado suicidar? — Pregunto, sorprendido.

Sus mejillas se llenan de color, pero no aparta la mirada. Me mira a los ojos. Sus hermosos ojos.

—No sé qué haría sin ti, Alberith —dice en voz aja—. Te quiero tanto que me moriría sin ti.

Es como si me acabara de golpear.

Duele. Sus palabras duelen.

¿Pero podrían ser ciertas?

¿Podría él amarme?

—Pensar en tu ausencia hace que me falte el aire —murmura—. Si eso no es amor... ¿Qué puede serlo?

¿Puedes estar diciendo la verdad?

¿Puedes amarme...realmente?

No sé muy bien cómo hemos llegado a esto. Cómo hemos pasado de declaraciones de amor a besos ardientes y después a los preliminares.

Creo que Lander ha intentado seducirme utilizando su cuerpo. No lo sé. Solo sé que me ha encantado que se entregara. Que me abrazara. Que me besara con tanta vehemencia.

Cuando mis dedos se mueven dentro de él, Lander jadea con voz trémula, todo él temblando, desnudo y temblando.

Acaricio su miembro enhiesto, disfruto del modo en que gime, roncamente, incapaz de contenerse.

—A...Albe...rich... —masculla mi nombre, apenas capaz de hablar—. Es...es...pera...

—¿Mmm...?

No dejo de acariciarlo, de tocarlo, de jugar dentro de él.

—Pa... Para...

No quiero hacerlo.

Inclino la cabeza y lamo su vientre, jugueteo con la punta de la lengua en su ombligo. Está temblando. Tiemble de deseo, de anhelo, de placer.

—Tienes que...parar... —Se esfuerza en detenerme.

—¿Por qué?

Subo lánguidamente por su pecho. Atrapo el pezón entre los dientes, muerdo. Gime como un bronco gruñido, y agarra la colcha con sus manos tensas.

—¡Dios...! —exclama—. ¡Alberich...! ¡Pa...! ¡Ah! Para...Vas a hacer que me...

—Esa es la idea.

—No... No quiero...

¿No quiere el placer? ¿No quiere acabar? ¿Por qué no?

¿Por qué no aceptas lo que te doy?

Lo miro, sorprendido.

—¿Por qué? —Se lo pregunto.

Lander se relame los labios igual que un gato frente al ratón. Su mirada es perdida, difusa.

—Quiero...esperar por ti —dice entonces con la voz ahogada—. Quiero que estés conmigo... Dentro de mí... Que lo hagamos juntos.

Me estremezco.

¿Por qué?

¿Por qué quieres todo esto?

¿Por qué no lo tomas y ya está, como antes?

—Tengo mucha resistencia, Lander —le recuerdo en voz baja—. ¿Crees que podrás aguantar?

Ni siquiera estoy seguro de querer que lo hagas. No sé si quiero correrme contigo, como si fuéramos uno, porque no somos uno... Aunque quiero que lo seamos, aunque te quiero y te adoro y solo puedo pensar en ti, sé que no me perteneces.

¿No me perteneces?

Has dicho que me amas. Lo has dicho, y tan seguro... Tan convencido...

Este tormento duele.

—No si sigues tocándome así... —responde con voz trémula.

Creo que sonrío cuando lo dice. Creo que sí. Creo que su dulzura, sea o no nacida de su amor, me ha hecho sonreír.

Y creo que es por eso que sería capaz de todo.

—De acuerdo —asiento.

Dejo que mis dedos se deslicen fuera de él.

Lander jadea. Jadea y arquea las caderas, pero yo se las sujeto para que no se mueva. Me pongo entre sus piernas, me doblo sobre él para besarlo en la garganta, en el mentón y la mandíbula, en esa adorable y húmeda boca.

Sus brazos se enredan en mi cuerpo, me estrecha contra el suyo, y eso me hace sentir deseos de llorar de puro gozo.

El modo en que me abraza...El modo en que me besa, en que se entrega. Todo parece tan diferente. ¿O soy yo quien lo piensa? ¿Me estoy confundiendo? ¿Me estoy engañando?

Muevo mis caderas contra las tuyas. Encuentro la entrada, y empujo.

Lander gime, arqueando la espalda.

Dos embistes y estoy dentro. Dentro de él, dentro de su cuerpo, enfundado en su carne prieta y anhelante.

—Oh, Lander... —jadeo involuntariamente, no quería hacerlo pero lo he hecho, porque no puedo resistir el placer y las emociones que me embargan.

Me tira del pelo para alzarme la cabeza, y me besa en la boca. Me besa con ardor, con pasión, y yo lo correspondo.

Empiezo a moverme. Embisto entre sus piernas. Jadea conmigo. Disfruta conmigo. Dice mi nombre y yo digo el suyo.

Y aguanta.

Aguanta.

Aguanta por mí hasta que no puedo más, y por primera vez acabamos al mismo tiempo: como si formáramos parte de un mismo ser, de un mismo elemento, respirando y latiendo al unísono.

==== Epílogo ====

Tres años después

—Eh.

—¿Mm?

—¿Cuándo comenzaste a...?

—No lo sé. Sucedió poco a poco, supongo. Te observaba en clase. Un día me sorprendí pensando en cuánto desearía que me miraras como a Worren.

—Lo siento.

—Yo no. No cambiaría nada de lo pasado hasta ahora. Es lo que te ha llevado a mis brazos, ¿no?

—No. Habrías tenido mi corazón en cualquier circunstancia.

Tal vez fue verdaderamente la primera vez que pude sentir su corazón en mis manos.

Fue solo un momento, pero me lo creí.

Después la sensación se esfumó, y quedó en mí el temor.

¿Podría? ¿Sería verdad? No dejaba de dudar.

Ahora, tres años más tarde, a veces aún dudo.

¿Este hombre que duerme conmigo...me ama realmente?

¿Puede amar a alguien como yo? Alguien opaco, distante. Alguien que no emite luz ni tiene carisma. Alguien que bien podría ser una de las sombras grises de su apagada infancia.

Pero han sido tres años, y Lander nunca me ha fallado.

Nunca.

Ha estado conmigo. Me ha besado. Me ha abrazado. Me ha adorado y amado como yo lo he adorado y amado a él.

Tenemos una vida en común.

Sé que no debería seguir dudando. No debería tener más dudas.

~ 70 ~

Me muevo un poco y estrecho su cuerpo desnudo contra el mío. Lo oigo suspirar, despertando apenas. Cuando lo miro, él me mira, y sonrío.

—Eh —saluda lánguidamente, soñoliento, y su mano se alza para acariciar mi rostro.

—Buenos días.

—Buenos días.

Su boca busca la mía para darme un beso, largo, suave...Ardiente. Sus dedos se enredan en mi pelo y me empuja hacia él.

Siempre deseando más.

Siempre deseándome a mí.

Mi precioso y dulce Lander...Mi vida sí era gris hasta que di contigo.

Te convertiste en mi faro, mi luz.

Espero llegar a serlo también para ti.

—No estarás dudando de mí otra vez, ¿verdad? —dice en voz baja, acusadora aunque bromista.

—No, en absoluto.

—Mentiroso...

Pero se ríe, se ríe porque me conoce y sabe que no puedo evitarlo.

Por eso me empuja para ponerme boca arriba, y se sienta sobre mis caderas, lanzándome una seductora sonrisa.

—Vamos a ver si te convenzo —ronronea.